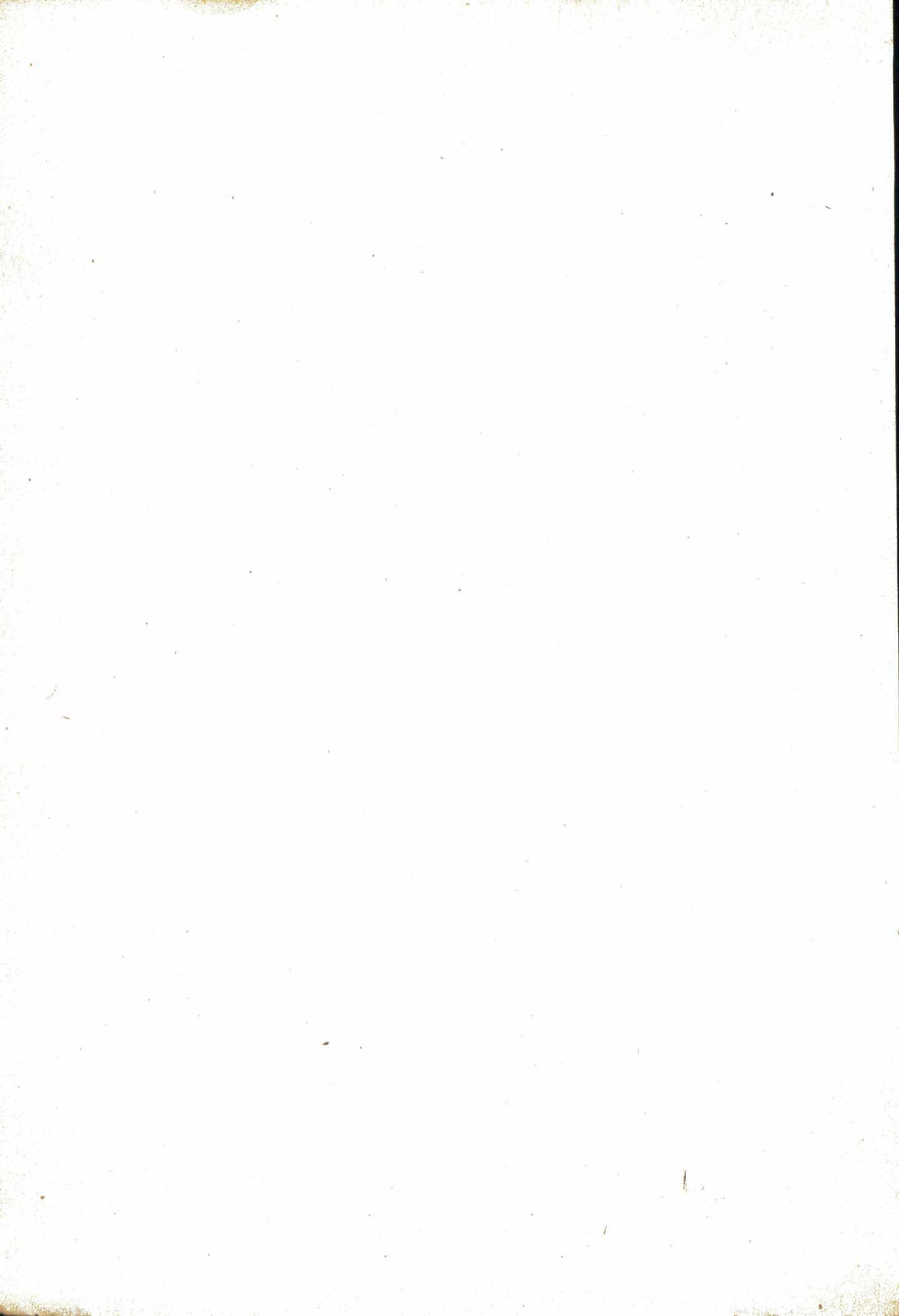


Serie Arzobispos de Santiago



Donación de Luis Santibañez 7/4/96

Eduardo Benítez Soto

922.283
S 586b
1982
E. 9

**MONSEÑOR
RAUL SILVA HENRIQUEZ
1961**

OCTAVO ARZOBISPO DE SANTIAGO



020700

Editorial Salesiana

RAUL SILVA HENRIQUEZ
Eduardo Benítez Soto

Derechos reservados
Inscripción N° 58.743

1ª Edición, septiembre de 1982
con las debidas licencias

Editorial Salesiana
Erasmus Escala 2334
Santiago, Chile

Impresor:
Salesianos, Bulnes 19
Santiago, Chile

Se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 1982.

Una deuda con María Auxiliadora

En agosto de 1891 salía desde su predio, en Talca, don Ricardo Silva, acompañado de algunos amigos y empleados. Se dirigían hacia la costa del valle de Aconcagua para unirse a las fuerzas revolucionarias procedentes del norte que recién habían desembarcado en Concón.

El país estaba en guerra civil desde los primeros días de enero de ese triste año de 1891.

Los agentes del gobierno habían detectado la ausencia en la localidad de los viajeros furtivos y, en juicio sumario, los habían condenado a muerte, porque estaban seguros de que eran revolucionarios que concurrían a reunirse con las fuerzas de la Marina que se habían levantado en contra del gobierno del presidente Balmaceda.

En la casa de don Ricardo, doña Mercedes Henríquez era informada de estos acontecimientos. Salió al encuentro de su amado esposo que regresaba de la incursión creyendo que los balmacedistas no se habían dado cuenta de su ausencia.

Doña Mercedes, entretanto, acudía desde Talca a San Clemente en un coche de posta con la esperanza de encontrarlo en el fundo de la familia Silva, penúltimo tramo planeado en su incursión. Mientras viajaba, la dama no dejó de rezar encomendándose a la Virgen María Auxiliadora para poder salvar a su marido. Lo encontró en el camino cuando él se disponía a volver a Talca. Tiernas escenas de alegría y dolor se mezclaron en el reencuentro. La alegría de verlo vivo y la tristeza de la inminente separación.

Don Ricardo desvió su rumbo y por la cordillera pasó a la Argentina hasta que la guerra civil tocó a su término. Al fin, el exiliado pudo volver a su hogar donde lo esperaban Doña

Mercedes, sus hijos y la recién nacida hija Marina, nombre que le había puesto en honor a las fuerzas revolucionarias triunfantes.

La familia Silva Henríquez tenía una deuda con la Virgen Auxiliadora y ella la cobró en un sacerdote para la Iglesia el 27 de septiembre de 1907, cuando nació su hijo Raúl.

La infancia maulina

Vivían en una espaciosa casa en Molino Loncomilla, a pocos kilómetros de San Javier. Hoy esa casa se ha transformado en una Escuela Agrícola para niñas a cargo de las religiosas de los Sagrados Corazones. La educación que reciben estas niñas campesinas es como la continuación de la escuela familiar de sólidas virtudes que constituyó el matrimonio Silva Henríquez.

Hermosa región es ésta, con fértiles valles donde el fruto se da abundante y generoso como su gente. Recios hombres como el roble apellinado de sus bosques maulinos y dulces y bondadosos como sus cepas vineras.

Nació Raúl en esta tierra promisoría educado en la virtud de sus padres que tenían que trabajar con denuedo para mantener la familia que creció hasta llegar a diecinueve hermanos. Conocer hoy al Sr. Cardenal en sus retiros de Punta de Tralca o de El Melocotón, es imaginar su infancia en las tierras maulinas.

El niño nació y se educó en un medio patriarcal, donde familia y empleados formaban una unidad de trabajo y oración. Sus frecuentes visitas y ayudas en los quehaceres del campo lo hicieron conocer y admirar a los campesinos por los cuales se ha entregado en sus múltiples labores pastorales desde los comienzos de su sacerdocio.

Sus viajes familiares de la niñez por los valles, bosques y playas del río Maule hasta Constitución, le enseñaron a conocer y amar la naturaleza como obra de Dios. Hoy, ese amor a las plantas y animales lo expresa en el cuidado personal que él hace de su jardín y en los paseos por la playa y el campo que realiza con frecuencia, admirando la vegetación y el canto de los pájaros.

Raúl desde niño fue muy piadoso y en el colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en Talca, comulgaba todos los días sin que nadie lo obligara. En aquella época no era frecuente esta práctica piadosa, lo que era realmente un sacrificio por el ayuno, pues doce horas antes había que dejar los alimentos sólidos para poder comulgar. Más tarde, en el Liceo Alemán de Santiago, donde estaba interno, sólo dos niños, del centenar de compañeros, comulgaban todos los días: uno de ellos era Raúl, y lo hacía con gran devoción rogándole al Señor que se hiciera en él según Su Voluntad.

En la homilía que el Señor Cardenal con motivo de sus Bodas de Oro de profesión religiosa dijo en la Catedral de Punta Arenas, el 2 de febrero de 1981, recordaba: "Entre los propósitos y las gracias que yo le pedía al Señor, estaba el que yo hiciera Su Voluntad, lo que El quería de mí; tenía miedo de serle infiel, tenía miedo de no conocer cuál era Su Voluntad". (Cfr. Boletín Salesiano B.S. N° 13, págs. 30-33.)

La vocación religiosa

Uno de sus recuerdos de niñez relacionados con su vocación religiosa lo narra risueñamente:

"Siendo muy niño, en el Colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en Talca, había querido ser religioso de esa Congregación; mi padre me dijo: "Mire, usted va a terminar sus estudios de Humanidades, se recibe de bachiller y después escoja lo que usted quiera". (op. cit. pág. 31.) Sin embargo, mucho más tarde, cuando era un joven estudiante de Cuarto Año de Derecho, su padre le escribió: "Haga lo que usted crea, nosotros no tenemos ningún reparo en que usted entre a los salesianos; por el contrario, lo único que le pedimos es que piense bien lo que va a hacer y que sea definitiva su elección, para que no mate de pena a sus viejos padres..." (op. cit. pág. 31)

¿Por qué los salesianos? Hay algunos motivos muy sutiles que él mismo dice que son una extraña disposición del Señor, que sólo El conoce.

Cuando en 1926 estudiaba Derecho, sentía firme y persistentemente el llamado de Dios y empezó a buscar un apoyo

espiritual que orientara su vocación y lo encontró a través de un compañero de universidad, Luis Felipe Letelier, exalumno de "El Patrocinio de San José" y ex Senador de la República, en el Padre Valentín Panzarasa que era Director de ese colegio y que más tarde sería profesor de Teología Moral en la Universidad Católica.

El Padre Valentín, que se encontraba en el jardín del colegio leyendo una revista de filosofía, lo acogió inmediatamente, y no hay duda de que lo impresionó por su recia personalidad. Este sacerdote tenía un aspecto adusto y era parco en las palabras, pero comunicaba sus convicciones religiosas profundamente, especialmente su amor a Jesucristo, su devoción a María y su adhesión a los Pastores de la Iglesia, especialmente al Papa. Su defensa de los pobres le valió no pocos dolores que él supo soportar por amor a Dios.

Mientras fue profesor de la Universidad Católica (1935 a 1938) escribió "El Veneno de la Serpiente", "Justicia Social" y "Evolución Orgánica", que sirvieron de apoyo a sus discípulos.

Su firme defensa de la "Doctrina Social de la Iglesia" molestó a algunos sectores económicos y debió dejar Chile en 1938.

Con este consejero, el joven universitario decidió su ingreso al sacerdocio. Las vacaciones de verano de 1926 - 1927 del joven Silva fueron de reflexión y estudio para decidir su vocación, y a cuál congregación ingresaría, pues el Padre Valentín no quería retenerlo en la suya y desde el mismo momento que se conocieron se lo hizo saber; incluso dio como ejemplo a dos de sus exalumnos que se habían decidido por la Compañía de Jesús.

Raúl quería saber de Don Bosco. El conocía muy poco a los salesianos. Sin embargo, recordaba en su niñez a una tía, doña Mariana Silva de Garcés (1828 - 1913), que era la "mamita" de los Salesianos de Don Bosco, en Talca, y que entusiasmó a toda la familia. Así, don Ricardo y doña Mercedes se hicieron "Cooperadores Salesianos" y recibían regularmente el "Mensajero de María Auxiliadora", publicación editada por el Padre Juan Zin con unos episodios de la "Vida de Don Bosco para niños" y que Raúl había leído a esa edad. Este conocimiento no era suficiente para tomar una deter-

minación tan importante e insistió en conocer la congregación de su nuevo amigo y guía espiritual. El Padre Valentín le dio unos libros de Don Bosco que el futuro abogado leyó en la tranquilidad de ese verano tan decisivo para él. A su regreso a Santiago la elección estaba hecha y en la conversación con su director espiritual le dijo:

"Mire, Padre. Yo creo que el Señor me llama a ser salesiano... Don Bosco me ha conquistado, es un hombre moderno, un hombre amante de Dios, amante de su patria, amante de los pobres... Un hombre que no trepidaba ante ninguna dificultad; un hombre lleno de fe, con una caridad infinita, un hombre de Dios..."

En junio de 1927 quedó como "aspirante" de la Congregación Salesiana en la comunidad religiosa de "El Patrocinio de San José", hasta recibirse de abogado en 1929. Ese plantel educacional era un internado con cursos de Humanidades y de él habían salido muchos jóvenes profesionales universitarios y otros que abrazaron el sacerdocio. Entre los más connotados están Monseñor Abraham Aguilera (1884 - 1933), Obispo de San Carlos de Ancud y Monseñor Arturo Jara Márquez (1880 - 1939), Vicario Apostólico de Punta Arenas.

Allí, en ese internado, no solamente se dedicó a sus estudios de Derecho; también, y como parte importante de su futura vida sacerdotal, debía alternar con los jóvenes estudiantes con su presencia educadora. Rápidamente se granjeó la simpatía de los alumnos a través de las actividades recreativas, del deporte y del estudio. Las conversaciones juveniles en los recreos, las preces cotidianas, las excursiones, las competencias de fútbol y el silencio de los estudios matinales y vespertinos, fueron forjando la vocación de este "aspirante" que se preparaba para servir a los jóvenes, especialmente a los más necesitados.

Dos momentos importantes, entre otros, en el internado eran el estudio y las "Buenas Noches", esta última es una breve ceremonia cotidiana en que se entrega un mensaje antes de irse a dormir. Sucedió que un jovencito díscolo quiso hacer de las suyas en el estudio, haciendo perder la paciencia del joven Silva. Sin embargo, éste recordó las palabras de San Juan Bosco: "Sin amor resulta estéril toda educación". Se acercó al causante del desorden y, con bondad

no exenta de un firme ademán, le dijo que más tarde hablarían. Efectivamente, después de las "Buenas Noches" conversaron sobre el comportamiento que el muchacho había tenido en el estudio y el porqué de tal conducta. Por este medio se dio cuenta de que el joven necesitaba ayuda y consejos para enmendar su comportamiento. Se ganó el aprecio del muchacho al ponerlo de "monitor" para darle mayores responsabilidades. Como futuro maestro y educador, se percató de que siempre detrás de una actitud anómala hay un problema, y por lo tanto, había que ayudar permanentemente a ese adolescente. Más tarde ese jovencito fue un excelente ciudadano y uno de sus mejores amigos.

Seminarista salesiano

El 27 de enero de 1930 entró al Noviciado de Macul. Su Maestro de Novicios fue el Padre Valentín Grasso, Siervo de Dios, que actualmente está en proceso de beatificación en España. Otro salesiano que vio en el joven Silva excelentes dotes sacerdotales fue el Padre Provincial Don Pedro Berruti. Este sacerdote, que en 1917 fue nombrado director de la casa maculeña, diez años después siendo el superior de la Congregación en Chile seguía consagrado a la formación de "sus novicios" y por eso muchos lo consideraban, tanto como al Padre Grasso, Maestro de los Novicios.

En Macul los salesianos preparaban a sus futuros sacerdotes y coadjutores, en el conocimiento del Señor a través del estudio profundo. Como complemento recreativo y de trabajo formador, ejercían las labores agrícolas de las viñas y huertos que rodeaban al Seminario.

Allí lo conoció el Padre Oscar Valenzuela que fue asistente de Novicios. Años más tarde, el Padre Oscar sería Provincial de la Congregación.

"Todos nos admirábamos —dice el Padre Oscar— de que los novicios Raúl Silva y Alberto Muñoz, jóvenes abogados, compartieran humildemente los estudios y trabajos con jovencitos en edad escolar o recién egresados del Liceo. Esta prueba de humildad y diálogo siempre los distinguió y en todo momento ayudaban a sus compañeros en sus estudios.

Todos los novicios los querían y respetaban como sus iguales. Eran como los hermanos mayores de esta hermosa familia del Noviciado."

Así fue el comienzo de una vida de trabajo y piedad, totalmente consagrada a la Iglesia, a la juventud y a los pobres. El 2 de febrero de 1931 formuló sus votos religiosos y, terminados sus estudios en el Seminario Maculeño, fue a Italia para ingresar al Instituto Teológico Salesiano de Turín, lugar donde el fundador de la Congregación empezó su obra con los jóvenes en el humilde barrio de Valdocco, el mismo en el que hoy se alza la basílica de María Auxiliadora.

Allí en Turín conoció a estudiantes de todo el mundo que se enriquecían mutuamente en la experiencia apostólica de los religiosos de distintos países. Los estudios superiores y la oración no impedían que estos jóvenes inquietos de los cinco continentes se sintieran impactados por los tristes sucesos que se cernían sobre la humanidad: guerras y dictaduras, quizás las más cruentas por los que ha pasado la humanidad. No obstante, el optimismo y la alegría de mejores tiempos animaban a estos futuros evangelizadores del Señor que se afanaban más aún en sus empeños para difundir la Buena Nueva y luchar con la palabra divina por los valores de la Justicia y la Paz.

En aquellos años, la mayoría de las vocaciones sacerdotales se encauzaban en los seminarios a muy temprana edad de los postulantes. El hecho de llegar "tarde" a un régimen de trabajo y piedad, le trajo algunos problemas de adaptación que muy pronto superó con gran corazón, pero ese gran esfuerzo en la devoción casi nos priva de un gran sacerdote.

Por las prolongadas devociones de rodillas se le atrofió la glándula sinovial, impidiéndole el buen movimiento de las rodillas y por prescripción médica debía rezar sentado o de pie y solamente hincarse en el momento de la consagración.

El invierno de Turín acentuó su dolencia y cuando llegó el momento de su aceptación en el subdiaconado (1937) no fue aceptado por tener impedimentos para celebrar las liturgias en la forma debida.

El joven postulante no hizo otra cosa que intensificar sus preces y pedirle a María Santísima que lo auxiliara en ese

momento tan trascendental y doloroso. Felizmente, un superior, Don Pedro Berruti, Provincial en Chile y en ese momento Vicario del Rector Mayor, quien conocía como todos o más que todos, las virtudes del seminarista, pidió una nueva votación, alegando que el dictamen emitido anteriormente estaba errado. Se procedió a una nueva votación y ésta fue favorable para el futuro sacerdote.

¡La caridad de Cristo nos apremia!

El 4 de julio de 1938 fue ordenado sacerdote por el Arzobispo de Turín, Cardenal Maurilio Fossati. Su lema fue: "¡Caritas Christi urget nos!": "¡La caridad de Cristo nos apremia!", palabras de San Pablo que lo impelían a dar amor, que lo urgían a corresponder al amor de Dios con más amor.

Europa entera estaba a punto de estallar, sin haber aprendido la lección de la Primera Guerra Mundial. España se debatía en una cruenta guerra civil. Este preludio de la Segunda Guerra Mundial lo vivió el joven sacerdote en su regreso a la patria.

Aquí las cosas no eran más tranquilizadoras. Graves disturbios populares y una enconada campaña presidencial entre la derecha y el Frente Popular, hacía temer en algunos sectores una persecución contra la Iglesia, a la que se la hacía aparecer aliada con la oligarquía. La alusión a la lucha fratricida en la Madre Patria pretendía igualar a través de la campaña electoral los tristes sucesos de Europa con nuestra situación político-social.

Caminar con sotana por las calles de Santiago significaba en ese momento exponerse a las pullas de algunos que, influenciados por la propaganda, demostraban su sentir en contra de la Iglesia. El novel sacerdote no fue ajeno a esta situación y en una oportunidad, en los alrededores de la Estación Mapocho, un obrero le dijo: "Padrecito... el 25" (refiriéndose al 25 de octubre, día de la elección presidencial), haciendo a la vez con la diestra el ademán de degüello.

Felizmente el pueblo chileno en su mayoría respetuoso de la religión, no pasó de las bromas, a veces de mal gusto, pero que reflejaban un sentir que era necesario enmendar.

Don Horacio Campillo Infante, Arzobispo de Santiago, estaba en las postrimerías de su mandato. En ese año de 1938 se realizaron dos acontecimientos muy importantes para la Iglesia chilena, en los cuales el prelado estuvo presente: del 6 al 9 de enero se celebró en Iquique el VII Congreso Eucarístico Nacional con la participación de Monseñor Campillo como Delegado Pontificio, y entre otros Pastores estaba el Obispo de La Serena, Monseñor José María Caro Rodríguez, que fuera Vicario Apostólico de Tarapacá y que muy pronto sería el sucesor de Mons. Campillo en la sede arzobispal de Santiago, el 30 de agosto de 1939. Monseñor Caro fue el artífice de las excelentes relaciones entre la Iglesia Chilena y el gobierno del Frente Popular encabezado por el Presidente don Pedro Aguirre Cerda.

El otro acontecimiento que marcó al Pueblo de Dios en Chile con la luz de la esperanza en un mundo que entraba en el caos de la Segunda Guerra Mundial, fue la convocatoria al I Concilio Provincial de Chile, que buscaba las líneas Pastorales para tiempos tan difíciles en el país y en el mundo.

En este clima de incertidumbre y esperanzas, especialmente para los más necesitados, empezó su apostolado sacerdotal el Padre Silva.

Volvió a la comunidad religiosa de "El Patrocinio de San José" como profesor catequista. La alegría del regreso como sacerdote se vio empañada por la salida de Chile de su gran amigo y director espiritual, el Padre Valentín. Allí, en los jardines del Colegio de la calle Bellavista, el Padre Silva recordaría doce años más tarde, del primer encuentro, al Padre Valentín: **Me presentó a Don Bosco y Don Bosco me conquistó.**

El Templo Nacional a San Juan Bosco

Al año siguiente fue designado por el Padre Gaudencio Manachino, Provincial de su congregación en Chile, como profesor de Moral del Seminario Mayor de La Cisterna, el que más adelante se convertiría en el Instituto Teológico Internacional Salesiano.

Estuvo en estas funciones docentes hasta 1943, año en que fue nombrado representante del Rector del Teologado, P. Carlos Orlando, para iniciar una nueva obra en la populosa comuna de La Cisterna. Se trataba de crear una Escuela con Educación Básica y Media para la juventud de la nascente población que comenzaba a extenderse hacia el sur de Santiago. Grande fue su empeño en la obra proyectada y en 1943 comenzó la nueva escuela con una matrícula de 200 alumnos en cursos de preparatoria y primer año de humanidades.

Al año siguiente, el 24 de marzo de 1944, el P. Silva fue nombrado Director del nuevo Liceo Manuel Arriarán Barros, llamado así en memoria de un conocido bienhechor católico que conoció a Don Bosco en 1887 y que dejó un legado de 200 mil pesos de la época para invertirlos en obras para favorecer a las juventudes de La Cisterna.

El nuevo Liceo se complementó con el Oratorio, obra imprescindible en una casa salesiana dedicada a la juventud, especialmente a los jóvenes obreros y estudiantes más necesitados. A través de la recreación, el teatro, la música, el deporte y las excursiones —que son los cauces naturales que empleó Don Bosco para llevar a los muchachos a la educación formal, a la buena convivencia y al conocimiento de Dios—, el Padre Raúl dedicaba gran parte del sábado y el domingo a los jóvenes, que pronto fueron centenares, algunos del colegio y la gran mayoría de los barrios adyacentes a la obra salesiana de La Cisterna.

La Iglesia se hacía estrecha el domingo para contener a tanta juventud y a los vecinos de la futura parroquia. Por iniciativa del P. Raúl Silva H. se inició la construcción de un Templo Nacional a San Juan Bosco, el patrono de las juventudes populares, en conmemoración del Centenario de la Consagración Sacerdotal del Santo y del inicio de su obra.

La ayuda de los feligreses, bienhechores y cooperadores salesianos; las campañas del ladrillo y del saco de cemento; las rifas, colectas, las funciones teatrales y fiestas de beneficio, poco a poco fueron haciendo realidad esta magna empresa.

Un espaldarazo a esta obra fue la erección canónica de la Parroquia San Juan Bosco el 25 de marzo de 1949. El entusiasmo de los fieles, guiados por el Padre Silva, culminó el

25 de mayo de 1952 con la inauguración del Templo Nacional a Don Bosco, hermosa obra del arquitecto Oscar Zacarelli que fue una innovación dentro de los cánones y gustos tradicionalistas de algunos que postulaban un estilo románico o neoclásico para el templo del santo fundador. La elección del proyecto defendido por el Padre Silva se vio avalada por los consejos y el apoyo del equipo de arquitectos del Templo Votivo de Maipú, dirigido por el Sr. Juan Martínez, arquitecto que ganó el concurso chileno-argentino de la actual obra a la Virgen del Carmen.

Este templo de San Juan Bosco muestra sobre el altar mayor un gran mural, obra del pintor Claudio di Girólamo, realizada en 1961 por encargo del P. Guillermo Monckeberg.

Se presenta, en lo alto, a Dios Padre y al Espíritu Santo; al centro, a Cristo rodeado del símbolo de cada uno de los cuatro evangelistas; más abajo, María Auxiliadora se encuentra detrás y a la derecha de Don Bosco, quien está en la línea central del cuadro; en la base de la obra se muestran a algunos de los miembros de la Familia Salesiana que han seguido el camino de la santidad y que tienen relación con Chile.

Fundación de Fide Secundaria

Como Director del Liceo Manuel Arriarán Barros, se percató, junto con otros directores de colegios particulares, de que la educación privada necesitaba una institución que los uniera en sus objetivos, necesidades y derechos. Fue así como en 1948 nació la Federación de Institutos de Educación Particular Secundaria, FIDE, organismo de la educación privada que hasta hoy cumple con los fines propuestos por sus fundadores.

Otra obra complementaria a la fundación de FIDE, que emprendió el Padre Raúl, fue la creación de la Revista Rumbos, que marcó una etapa en la educación de los padres de familia. Hoy esta revista no existe, pero muchos desearían tener esa voz mensual que entregara consejos, entretención y cultura a las familias, tanto de los colegios católicos como de otras religiones, porque es digno de destacar que FIDE

no es una institución de carácter confesional, aunque alberga en su seno a una gran mayoría de colegios cristianos de Chile.

El Padre Silva nuevamente volvió al Colegio "El Patrocinio de San José", esta vez como Director, durante los años 1949 y 1950. Como director en el Patrocinio realizó grandes adelantos en la educación del colegio y en las obras materiales que se iniciaron en esos años: abrió el colegio a los alumnos externos y se alivió el antiguo régimen de internado.

Sus exalumnos lo recuerdan como un educador siempre dispuesto a escuchar, jovial y muy emprendedor.

Rector del Seminario Salesiano

Poco les duró a los patrocinianos la alegría de tener como director al padre Raúl. En 1951 fue requerido por la superioridad para dirigir el "Instituto Teológico Internacional Don Bosco" de La Cisterna. A esta casa de estudios eclesiásticos, que era la heredera y continuadora de la obra de formación que se inició en el Seminario de Macul, en el momento en que la tomaba el nuevo director llegaban seminaristas desde Perú, Bolivia, Ecuador y algunos alumnos de Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil. De esta casa de formación egresaron más de 300 sacerdotes.

Con personalidades como el Padre Egidio Viganó, actual Superior de los Salesianos en el mundo, le tocó trabajar entre 1951 y 1956 en la delicada labor de formar a los futuros sacerdotes. Apenas se tomó un respiro de su gran obra del Templo a Don Bosco y se dio a la tarea de buscar una nueva sede para el Instituto Teológico, que junto al Liceo Arriarán Barros se hacía estrecho, pues el colegio iba en permanente expansión.

En 1954 vendió parte de los terrenos del Seminario en el paradero 22½ de la Gran Avenida y compró en Lo Cañas un extenso predio en lo que fuera parte de la hacienda de don Carlos Walker Martínez, lugar de sangrientos episodios en la revolución de 1891, los que recuerda una cruz en el cruce de la calle Walker Martínez con Tobaraba.

Otros tantos años se emplearon en la construcción del hermoso Seminario Mayor Salesiano que se inauguró en 1962.

Allí, a los pies de los Andes imponentes con la nieve invernal, se preparan en silencioso retiro, en el bullicio del deporte, en el estudio profundo, en el apostolado práctico, los jóvenes seminaristas de Don Bosco para asumir más tarde su responsabilidad de ser evangelizadores de los jóvenes y de las clases populares.

Al servicio del Episcopado Nacional

Su increíble vitalidad obligaba al Padre Silva a aceptar con entusiasmo cualquier obra que la jerarquía eclesiástica le encomendara. Comienza sus trabajos de importancia para la Iglesia jerárquica con el mismo fervor que lo hace por su amada congregación. A la sazón era Nuncio de Su Santidad Pío XII en Chile Monseñor Sebastián Baggio, actual Cardenal Prefecto de la Congregación para los obispos. Fue él quien le encargó al Padre Silva que organizara el Primer Congreso de Religiosos de Chile como preparación de otro internacional que se realizaría en Buenos Aires. De este Primer Congreso nació CONFERRE, la Confederación de Religiosos de Chile, que agrupa a todas las congregaciones de religiosos y religiosas de nuestro país.

Sus dotes de organizador y administrador trajeron consigo nuevos encargos. Monseñor Baggio esta vez le pidió que fundara el "Instituto Católico de Migración", entidad que se preocupa de los emigrantes e inmigrantes en el país o en el extranjero, sin distinción de nacionalidades, condición social, credo político o religioso. Otro trabajo que realizó meses más tarde fue la cofundación y la organización de Cáritas-Chile, organismo que merece un capítulo aparte por la importancia actual de su obra.

Fundación de Cáritas Chile

El 9 de julio de 1955 llegó a nuestro país Mons. Carlos Bayer, Secretario General de Cáritas Internationalis, organismo crea-

do por la Santa Sede en 1950 para servir en la distribución de la ayuda que se precisa en distintos lugares del mundo para promover a las personas que más necesitan, especialmente en la alimentación, en el abrigo, en la sanidad y en la educación elemental en momentos normales y en las emergencias. En varias reuniones realizadas en la Nunciatura Apostólica con la presencia siempre atenta de Mons. Sebastián Baggio, Nuncio Apostólico de Su Santidad en Chile, se organizó una comisión de estudio y análisis de la caridad para que ésta fuera más racional, respetuosa, justa y económica. Se necesitaba crear canales de distribución de la ayuda extranjera de gobiernos e iglesias de Europa y Norteamérica a los países más necesitados.

Esta expresión de Iglesia a través del amor fraterno tuvo su primera experiencia latinoamericana en nuestro país. Participaron en esta obra, además del Señor Nuncio, Mons. Manuel Larraín Errázuriz, secretario de la Conferencia Episcopal; Mons. Oddo Tacoli, y otros notables sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos.

El Padre Raúl Silva H., Director Nacional de las Obras de Migración, fue designado presidente de esta comisión que creó la corporación de Beneficencia Cáritas Chile. Conformada la institución el 24 de julio de 1956, el Padre Silva fue confirmado como presidente en representación del Episcopado Nacional.

Larga y grata tarea de amor emprendió el Padre Raúl, que a veces resultaba agobiadora por el peso que significaban las múltiples responsabilidades de la Congregación y las que le entregó el episcopado. Durante cinco años estuvo trabajando con la misma energía en los dos frentes, hasta que pidió a los superiores salesianos que lo liberaran de su labor en los colegios en 1958, para dedicarse totalmente a Cáritas Chile, que cada vez crecía más en el amor y en el servicio.

Nos parece verlo dispensando sus mayores esfuerzos por los pobres para hacer honor a su lema sacerdotal: ¡La Caridad de Cristo nos apremia!

En esos años se comunicó con todos los rincones de nuestro territorio personalmente y a través de cartas. Formó un equipo eficiente e idóneo de sacerdotes, religiosos y laicos. Era necesario crear estructuras y canales de distribu-

ción ágiles y seguros. También era necesario aunar criterios, desterrar prejuicios, romper estructuras, y era necesario, sobre todo, educar al rico y al pobre en la verdadera caridad, que es "el amor de Cristo que nos urge", para ayudar fraternalmente en una gran familia que es la Iglesia y el Reino de Dios. Servir a los conocidos y desconocidos por el solo hecho de ser todos hijos del mismo Padre, sin importarnos, en la acción, si lo conocen o no en nuestra fe.

La ayuda a los marginados, que el Padre Raúl decidió abrazar cuando ingresó al seminario, la organización de actividades juveniles, de recreación, campamentos y colonias, también le trajeron algunas amarguras que ayudaron a templar su espíritu visionario que más tarde en su labor episcopal le iba a servir para restañar las heridas que dejaban en él la indiferencia, la envidia y la calumnia.

En mayo de 1958 el Obispado de Santiago inició una operación de ayuda a los pobladores denominada en términos generales la "Campaña de la fonolita" y que consistía en el reparto de materiales de construcción, alimentos y ropa frente a un invierno que tempranamente se hacía crudo.

Las campañas electorales de los diversos partidos políticos querían aprovechar estas actividades solidarias de la Arquidiócesis para mezclar a la Iglesia en la lucha electoral.

Se aludía oblícua o directamente a la ayuda extranjera que administraba Cáritas Chile por cuenta de la Iglesia Católica de Estados Unidos de Norteamérica y a la supuesta intervención electoral de dicho país en el nuestro. Esto, además de ser una calumnia, era una torpeza que pretendía descalificar a Cáritas Internationalis como organismo de la Santa Sede. Por supuesto que al Padre Silva estos infundios le causaron muchos dolores, porque no faltaron pobladores extremadamente necesitados que rechazaban la ayuda o la obstruían.

Es necesario aclarar que el Padre Raúl era el representante del Episcopado Nacional en el servicio que dispensaba Cáritas Chile y que el problema suscitado falsamente en la Arquidiócesis de Santiago no tenía por qué afectar al resto del país. Sin embargo, la campaña era para elegir Presidente de la República y por lo tanto la situación se extendió a todo el país.

Los jóvenes universitarios católicos de aquella época nos vimos seriamente afectados y desconcertados al concurrir a las poblaciones en las cuales nos habían aceptado fraternalmente durante largo tiempo y después nos rechazaban, incluso con violencia, aun por aquellos jóvenes obreros que eran nuestros hermanos en la fe. Sólo nos restaba la esperanza de que se entendiera que nuestro servicio era por cuenta de Cristo y que nosotros estábamos allí porque considerábamos que "la asamblea de los fieles tenía un solo corazón y una sola alma" (Hechos 4, 32) y que así como el Hijo del Hombre "no vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida como precio por la salvación de todos" (Mateo 20, 28), así nosotros debíamos soportar el mal momento y seguir en nuestro empeño, pues nuestra obra seguiría más allá de las contingencias políticas.

Una gran enseñanza quedó en nuestros ánimos: no desfallecer ante la calumnia y reflexionar que nuestro servicio no estaba en el simple reparto de ropa y alimentos, sino en hacernos como quienes éramos realmente: hermanos, hijos del mismo Padre.

Paralelamente a los trabajos emprendidos, por petición del Señor Nuncio, en Cáritas Chile el Padre Raúl Silva Henríquez continuaba trabajando con el mismo ímpetu en la Congregación. Entre 1957 y 1958 fue Director del Colegio Salesiano de La Gratitude Nacional y del Liceo San Juan Bosco. Estableció innovaciones con proyecciones a la educación superior al crear el "Curso de Técnicos" que hasta 1971 tituló como ingenieros de ejecución a aproximadamente un centenar de alumnos después de un curso de conciliación en la Universidad Técnica del Estado.

Por si esto fuera poco, en 1958 los salesianos de Chile lo nombraron su delegado al 18 Capítulo General de la Congregación efectuado en Turín, en un momento en que con moderada insistencia se propiciaban cambios en la Iglesia Universal, y la Congregación Salesiana no era ajena a estas innovaciones que se buscaban para llegar más directamente al Pueblo y a Dios.

Duelos en el Pueblo de Dios

La vida es una sucesión de acontecimientos tristes y alegrés, como el Misterio Pascual. Así, el 9 de octubre de 1958 sentimos el dolor de la muerte del Soberano Pontífice S.S. Pío XII, quien gobernara la Iglesia Universal por 19 años y en los momentos más difíciles de la humanidad. Una expresión de la sabiduría fue su legado de más de cuarenta documentos importantes entre cartas, Encíclicas y numerosos discursos que llevaron a los hombres de buena voluntad por los caminos de la verdad y del amor. Nuestra pregunta en esos momentos de tanto dolor fue: ¿quién será capaz de sucederlo y emularlo?

De acuerdo a la Constitución "Vacantis Apostolicae Sedis" del 8 de diciembre de 1945, promulgada por el mismo Pontífice de feliz memoria, los cardenales se debían reunir, como tradicionalmente lo han hecho, en Cónclave Secreto para elegir al sucesor de Pedro en la Iglesia. El día 25 de octubre de 1958 se inició el Cónclave con la asistencia de 52 cardenales, quienes durante cinco días debatieron y votaron para elegir al sucesor, elección que recayó en el Cardenal Angelo Roncalli, Patriarca de Venecia, de 77 años de edad. Como otra Pascua de Resurrección, la muerte del amado Papa trajo otra vida a la Iglesia: Juan XXIII.

Su figura sencilla de cura rural y su sonrisa bondadosa, cautivaron inmediatamente al mundo y muy pocos se imaginaron la fuerza del Espíritu Santo que iba a traer este nuevo Vicario de Cristo.

Para el Cónclave que eligió al Papa Bueno fue convocado por primera vez en la historia de la Iglesia un representante chileno que fue el querido Cardenal Don José María Caro Rodríguez, quien a la fecha tenía 92 años, resultando ser el Cardenal más anciano del Cónclave. El largo viaje hasta Roma lo sorteó en medio de grandes cuidados de sus secretarios y de su médico personal, quienes lo atendieron hasta que tuvo que ingresar en el recinto de votaciones, herméticamente cerrado a los que no son electores.

Cumplió su deber cardenalicio y regresó al país un tanto fatigado, pero feliz de haber respondido a sus obligaciones.

Pocas semanas después, el lunes 1º de diciembre, se notó cansado y sin embargo en la tarde fue a su despacho. Al

día siguiente se quedó en cama y su salud se empeoró gravemente, falleciendo después de recibir la unción de los enfermos el jueves 4 de diciembre.

Todo Chile sintió su muerte y sus funerales fueron impresionantes por las muestras de dolor, especialmente del pueblo a quien el Cardenal Caro prodigó tanto amor. Concurrieron a las exequias todas las instituciones más representativas de la nación: autoridades del Gobierno, de la Cámara de Diputados, del Senado, del Poder Judicial, autoridades de las Fuerzas Armadas, del cuerpo diplomático, gran parte del Episcopado Nacional, del clero secular y de las congregaciones religiosas. La Santa Misa fue presidida por el Nuncio Apostólico de su Santidad, Mons. Sebastián Baggio. La hermosa y sentida oración fúnebre la pronunció Mons. Eduardo Lecourt, uno de los mejores oradores que ha tenido la Iglesia chilena.

El Padre Raúl Silva, que se encontraba en Nueva York de regreso del Capítulo General de su Congregación, alcanzó a llegar a las exequias y pudo, junto con otros sacerdotes, ingresar a la Catedral para dar el último adiós al Pastor de la Iglesia de Santiago. Ante la cripta abierta bajo el altar mayor, un sacerdote lo tocó en el hombro y en un susurro le anunció: "Mire bien, porque ahí lo van a enterrar a usted". En el dolor del momento el Padre Silva calló. ¿Cómo podía saber este sacerdote los designios de la Providencia en forma tan certera, cuando aún estaba lejos su designación episcopal y en otra diócesis?

No podemos cerrar ese triste año 1958 sin mencionar el deceso de Monseñor Rafael Lira Infante, Obispo de Valparaíso, el 26 de octubre de 1958, un día después de iniciarse el Cónclave para elegir el nuevo Papa, Juan XXIII.

Monseñor Lira había nacido en Santiago en 1879. A los 23 años se tituló de abogado y en 1912 fue ordenado sacerdote. Muy pronto fue nombrado profesor del Seminario de Santiago y más tarde Rector del mismo.

En 1925 Pío XI lo eligió Obispo de la nueva diócesis de Rancagua, a la edad de 46 años. Su lema episcopal fue: "Caritas Christi urget nos". En marzo de 1938, Su Santidad Pío XI lo trasladó a la diócesis de Valparaíso en donde sucedió

a Mons. Eduardo Gimpert, fallecido en 1937. En Valparaíso realizó una extensa labor pastoral durante los veinte años de su gobierno, dejando un estimado y profundo recuerdo en sus feligreses.

Tercer Obispo de Valparaíso

Cuando el Padre Raúl se encontraba más afanado en su trabajo en Cáritas Chile, llegó hasta su casa en el Patrocinio de San José el día 24 de octubre de 1959 la noticia de que el Papa Juan XXIII lo elegía Obispo de Valparaíso. Fue consagrado Obispo el 29 de noviembre en la Catedral de Valparaíso por el Nuncio Monseñor Opilio Rossi, actualmente Cardenal; como Obispos co-consagrantes actuaron Mons. Vladimiro Boric, Obispo de Punta Arenas y Mons. Emilio Tagle, Arzobispo titular de Nicópolis de Nesto, actual Arzobispo Obispo de Valparaíso. Su lema episcopal fue el mismo de su ordenación sacerdotal: "Caritas Christi urget nos" que coincidía con el lema de su antecesor. Y era como un augurio de la continuidad en el trabajo por los más necesitados en su diócesis.

Su dedicación pastoral a todas las instituciones de su grey le ganó muy pronto el cariño de los porteños. Se dedicó especialmente a la juventud, a los sectores marginados y rurales. Se preocupó de la escuela católica que en su diócesis era una obra importante, tanto primaria y secundaria como universitaria y profesional.

El 12 de mayo de 1961 se fundó el Liceo José Cortés Brown, que dependió en los primeros años del Seminario San Rafael. Dio nuevo impulso a las parroquias. Alentó y apoyó a las congregaciones religiosas. Trazó planes para la formación de vocaciones religiosas en el Seminario Diocesano de San Rafael.

Siempre tuvo tiempo para escuchar a todos: a los pobladores, obreros, empleados, campesinos y estudiantes a través de sus organizaciones. Entregó nuevas responsabilidades a los laicos y a los jóvenes en las parroquias y centros juveniles.

Dio gran impulso a Cáritas Chile en su diócesis, organizando la ayuda fraterna a través de las parroquias y escuelas católicas.

Personalmente visitaba las obras que se emprendían con el auspicio del obispado y era frecuente verlo revisando detalles en la Universidad Católica, colegios, parroquias y poblaciones, con su gesto amable y sonriente.

En uno de esos momentos nos tocó conocerlo personalmente cuando éramos estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso. Mientras leíamos en el casino de la Universidad una pequeña obra de teatro escrita por un compañero de curso apareció el señor Obispo acompañado del Secretario de la Universidad. Lentamente recorrió el amplio salón del casino inquiriendo, seguramente, datos sobre los arreglos y compra de mobiliario para el recinto que estaba en remodelación. Casi insensiblemente se detuvo frente a nuestra mesa, observando nuestro pequeño ensayo. Algunos estábamos de pie y otros sentados. Todos nos detuvimos un poco turbados. Ver un Monseñor con su sotana con bordes morados y solideo episcopal, de buenas a primeras, impresiona. Los que estaban sentados se pusieron de pie. Monseñor sonrió ampliamente y dijo: "—Por favor, sigan". En la turbación del momento nadie se movió. Entonces él tocó suavemente a uno de mis compañeros y le preguntó: "—¿Cómo estás?" —Nuestro compañero musitó: "—Muy bien, Monseñor".

Todos, muy sorprendidos, acudimos a la mesa. El Señor Obispo nos preguntó por la obra de teatro, por nuestros estudios y por nuestros nombres. Pronto estuvo rodeado de estudiantes de otras mesas y departió un rato jovialmente con todos. Al despedirse nos entregó algunas palabras de aliento para nuestros estudios. Esta anécdota, quizás demasiado personal, nos dejó un profundo afecto por su persona y una admiración por su sencillez. Pensábamos que estar al lado de un Obispo, con ese gesto tan familiar, era un privilegio y una bendición del Señor.

Más tarde nos tocó recurrir a él, en 1960, con otros estudiantes universitarios, y al año siguiente como Vicepresidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso. Siempre nos recibió amablemente, atendió

nuestras peticiones, las discutió razonablemente y nos orientó en nuestra labor de dirigentes estudiantiles.

Con motivo de los terremotos y maremotos de mayo de 1960 en el sur de nuestro país, puso a prueba sus dotes de organizador y animador moviendo intensamente desde Caritas Chile a un equipo de religiosos y laicos que se afanaron para juntar ayuda a través de las parroquias, colegios y movimientos de Iglesia, que estuvieron prontos a su llamado. Ayudó y alentó la formación a través de la parroquia de Quilpué de un hogar para niños que perdieron sus padres en el cataclismo, propiciando la búsqueda de matrimonios cristianos idóneos para que adoptaran huérfanos del desastre.

Todas estas actividades y las anteriormente nombradas las realizó en poco más de un año, gracias a sus cualidades de organizador de equipos: sacerdotes, religiosos y religiosas; laicos: hombres, mujeres y jóvenes, a todos los cuales les entregó su máxima confianza. Mención especial merecen algunos sacerdotes del clero porteño que actuaron secundándolo estrechamente, lo mismo que los párrocos que se desvivieron con su entusiasmo de Pastor.

Años más tarde diría: "Esa diócesis me cautivó. Siento un gran cariño por ella. Estaba realmente enamorado de Valparaíso".

Octavo Arzobispo de Santiago

El 23 de mayo de 1961 en su oficina del Obispado en Valparaíso recibió un llamado telefónico desde Santiago. Era el Sr. Nuncio el que le exclamaba: "—Auguri, Eccellenza! Domani, festa di María Ausiliatrice, nell'Osservatore Romano, si pubblicherá la Sua nomina come Arcivescovo di Santiago".

"—¡Augurios, Excelencia! Mañana, fiesta de María Auxiliadora, en el 'Osservatore Romano' se publicará su nombramiento como Arzobispo de Santiago".

El Señor Obispo le respondió: "—¡Que Dios lo perdone, Señor Nuncio!" Veinte años más tarde recordaría ese instante diciendo: "Y en ese momento cayó sobre mis hombros la Cruz ciertamente más pesada que he recibido. Han pasado tantas vicisitudes... Sería largo contarlas".

Pero si María Auxiliadora se atravesó de nuevo en su camino, Ella le haría honor a su nombre de Auxilio de los Cristianos para apoyarlo en sus peores momentos. A través de la oración profunda se puso en las manos de Dios, recordando su amor apremiante por los pobres, por los jóvenes y por la patria. Quedó dispuesto para empezar esta nueva etapa de su vida.

La despedida en Valparaíso fue muy rápida y triste. Se había ido nuestro Pastor y Padre Espiritual.

El 24 de junio de 1961 tomó posesión del Arzobispado de Santiago en una sobria ceremonia en la Catedral Metropolitana, donde, como es tradicional, se leyó el decreto de su nombramiento como Arzobispo. Luego hizo el juramento de estilo ante el Cabildo Metropolitano, para culminar con un solemne Te Deum. A la ceremonia concurren numerosas personalidades y un pueblo alborozado, porque nuevamente la grey tenía un pastor.

Días más tarde, en la intimidad de su nueva casa arzobispal, se encontró con una grata sorpresa. Se trataba de un pequeño cuadro de María Auxiliadora enviado por Don Bosco en 1887 al Arzobispo de Santiago, probablemente con Don Juan Cagliariro, que en ese año atravesó la cordillera desde Argentina para arribar a Concepción con el objeto de inaugurar la nueva casa Salesiana de esa ciudad. Diez días después, y todavía convaleciente de un grave accidente en su travesía, viajó a Santiago y a otras ciudades para entrevistarse con las autoridades eclesiásticas donde entregaría personalmente el presente al Arzobispo Don Mariano Casanova. La estampa de María Auxiliadora escrita en francés de puño y letra de San Juan Bosco, dice:

"Je recommande tous les Salesiens et leurs élèves aux prières, á la protection et charité de Son E. Mons. Archevêque de Santiago."

Abbé J. Bosco

"Recomiendo a todos los Salesianos y a sus alumnos a las oraciones, a la protección y a la caridad de Su Excelencia, Monseñor Arzobispo de Santiago."

Sacerdote J. Bosco

No hay duda de que María Santísima lo estaba esperando para iniciar su labor pastoral y confortarlo en los primeros

momentos. En la homilía que el Sr. Cardenal pronunció el 2 de febrero de 1981 con motivo de sus Bodas de Oro de profesión religiosa, se refirió a esos misteriosos designios del Señor:

“Si la Virgen no salva a mi padre, yo no habría nacido...”
“Así que la Virgen Auxiliadora tenía un crédito con esta familia, y lo cobró con un hijo”. Y refiriéndose al día 24 de mayo, fecha del anuncio oficial de su nombramiento como Arzobispo de Santiago, dijo: “Se nota que Ella tiene cierto dominio, cierto derecho sobre esta pobre persona...”

La prensa de la época se refirió a su nombramiento con variadas reacciones y cada uno interpretó a su modo este cambio de prelados entre Santiago y Valparaíso. Objetivamente sucedió que por mandato del Papa Juan XXIII, el Administrador Apostólico del Arzobispado de Santiago, Monseñor Emilio Tagle Covarrubias, era nombrado Obispo de Valparaíso y, Monseñor Silva Henríquez pasaba a la sede Arzobispal de Santiago.

Las circunstancias de la relativa juventud (54 años) del nuevo Arzobispo de la Arquidiócesis más importante del país, y su breve experiencia como Obispo en otra diócesis, frente al trabajo de Monseñor Tagle como Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis Metropolitana desde marzo de 1958 y más tarde como Administrador Apostólico de la misma, dieron lugar a numerosas especulaciones extraeclesísticas, animadas, sin duda, por los medios de comunicación que aun poco después del duelo por la muerte del Cardenal Caro empezaron a hacer cábalas sobre quién sería el sucesor del anciano Pastor de la Arquidiócesis.

Desde luego que esta expectación y el traslado de ambos obispos fueron una noticia que se aprovechó durante semanas, causando una conmoción innecesaria.

Igual que hoy, se hacía aparecer a la Iglesia dividida; y no eran pocos los ingenuos católicos que caían en los juegos de los poderes temporales y contingentes, olvidando que la Iglesia es un cuerpo, el Cuerpo Místico de Cristo, que tiene como cabeza visible al Vicario de Cristo en la Tierra y en ese momento Dios había puesto como Pastor de su pueblo a Juan XXIII, quien, aconsejado por los miembros de la máxima jerarquía eclesiástica e inspirado por el Espíritu Santo en

profunda oración, tomó decisiones tan importantes como la publicación de documentos relevantes, convocó a sínodos y concilios y designó a numerosos prelados de la Iglesia Universal. De este modo, el báculo de la Iglesia de Santiago se lo entregaban al nuevo Pastor, seguros de que así lo había querido Dios.

Los comienzos no fueron fáciles y sus primeras labores pastorales se fueron haciendo cada vez más intensas; criticadas por algunos y aplaudidas por los otros.

Sin lugar a dudas, el Pastor de la Iglesia de Santiago ha encontrado su fuerza humana para trabajar por su pueblo en la oración y en la Eucaristía diarias que inició como práctica piadosa en su infancia.

"La fuente de su acción pastoral es su vida de oración. Cada mañana dedica no menos de una hora a la oración, incluyendo especialmente la Eucaristía. Es la prioridad diaria cualquiera sean los compromisos o tareas que le esperan, en una larga jornada que no había de terminar sino a medianoche. Otro tanto al correr de las horas de trabajo, siempre se reserva unos instantes, por breves que sean, para recogerse en diálogo con Dios, interrumpiendo aun labores importantes." (cit. del P. Octavio Vio.)

Su preocupación por el mundo de los trabajadores: empleados, obreros y campesinos y su compromiso de siempre con los que sufren, pusieron algunas prioridades en su trabajo pastoral.

Toda una herencia quedaba para el octavo Arzobispo de Santiago, dejada por las enseñanzas de los pontífices, de los obispos y de sus antecesores en la Iglesia de Santiago.

Monseñor Silva Henríquez tenía siempre presente este compromiso. Desde los primeros momentos de su labor pastoral recordaba a Don Crescente Errázuriz Valdivieso, el Arzobispo de Santiago que hace más de cincuenta años nos dijo: "Grandes son, sin duda, en especial para el proletariado, los males que nos afligen. El encarecimiento de las necesidades del pueblo dan derecho a éste para presentar justas reclamaciones".

También era heredero del Cardenal José María Caro, su inmediato antecesor, quien se hiciera famoso por la defensa

de los obreros en el Vicariato de Tarapacá y como Obispo de La Serena.

Fiel a sus antecesores, Monseñor Silva Henríquez inició sus primeras tareas.

La Reforma Agraria en el Arzobispado de Santiago

El Magisterio Social de la Iglesia se estaba ejerciendo en algunas diócesis a través del testimonio. Monseñor Manuel Larraín creó el Instituto de Promoción Agraria (INPROA) y comenzó la reforma en los predios de su diócesis con la asistencia técnica necesaria a los campesinos. Otro organismo que tenía como objetivo educar al campesino en la nueva estructura de tenencia de la tierra era el Instituto de Educación Rural (IER), que mantuvo por muchos años programas radiales de educación agropecuaria y un boletín con el mismo objetivo.

Mientras tanto, el gobierno de don Jorge Alessandri (1958-1964) iniciaba estudios para legislar en ese sentido. El Poder Legislativo, es decir, la Cámara de Diputados y el Senado de la República, debatía sobre la Reforma Agraria. En 1963 el Presidente Alessandri planteó una Reforma Agraria que tuvo el mérito de ser la primera. Se estimó que era un sistema de colonización de la tierra que requería de una adecuada implementación para apoyar técnicamente a los futuros propietarios de la tierra.

Durante el gobierno de don Eduardo Frei (1964-1970), después de tres años de debates en el Poder Legislativo, se logró que fuera modificada la Constitución en lo referente al derecho de propiedad, para llegar a una reforma agraria más profunda. Se crearon instancias técnicas a través de organismos como la Corporación de Reforma Agraria (CORA) y el Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP) para preparar a los campesinos en la administración de sus nuevos predios.

La Iglesia de Santiago a los pocos meses de asumir el nuevo Arzobispo, comenzó el proceso de reforma agraria (1962) en los cuatro fundos que pertenecían al Arzobispado. El proceso se completaría ocho años más tarde, en abril de 1970, con la entrega de los títulos de dominio a 168 familias que

por largos años, ellas y sus progenitores, habían labrado esas tierras.

En una interesante carta de respuesta al Superior de la Compañía de Jesús en Chile, fechada el 2 de marzo de 1965, Monseñor Silva Henríquez dice:

1) "Los Obispos de Chile en Pastoral Colectiva sobre la situación del Campesino Chileno han manifestado su opinión al respecto. Dicen textualmente: 'Por nuestra parte, conscientes como somos de la situación del campesinado, y deseosos de colaborar no sólo con la doctrina fundamental, sino además con el ejemplo de las realizaciones concretas, hemos acordado, en la Asamblea Plenaria del presente año, encomendar el estudio de una eventual colonización de las propiedades agrícolas que están en propiedad y libre uso de la jerarquía, a una comisión técnica que prepare los antecedentes jurídicos, canónicos y técnicos a fin de facilitar el fácil acceso de los campesinos a la propiedad de la tierra; con ello entendemos colaborar, en la modesta proporción que nos corresponde, a los dos fines de una eficaz reforma agraria, cuales son: la mejor utilización de la tierra para la comunidad nacional y una participación mayor de la familia campesina en la propiedad y rentabilidad de la misma'.

2) "El Cardenal Arzobispo de Santiago creyó de su deber entregar los fundos de la Diócesis a la Reforma, por este acuerdo de los Sres. obispos. Esto le ha significado no pequeñas pérdidas económicas, pero, al mismo tiempo, cree que ha obtenido no pequeñas ventajas de orden moral y espiritual.

3) "Se agrega a esto, el que el Gobierno de Chile ha solicitado la cooperación de la Iglesia en este campo, y estima que ella sería sumamente útil para la solución de un problema que considera vital para el país.

"Resumiendo:

"Si se miran las cosas desde el punto de vista económico, no hay duda de que entregar las tierras a la Reforma Agraria es desaconsejable por ser esta entrega bastante menos rediticia que la simple venta que aún se puede hacer en este momento.

"Pero si se enfoca el problema desde el ángulo pastoral, del ángulo de promoción humana y promoción del desarrollo,

tampoco hay dudas de que el ejemplo de la Iglesia y su acción directa en la Reforma puede ser de un inestimable valor, y bajo este enfoque, el único que han tenido presente los obispos, me parece del todo aconsejable el entregar las propiedades a la Reforma, aun cuando esto no deja de tener riesgos económicos..." (Archivo del Sr. Cardenal, Cfr. "El Pensamiento Social del Cardenal Silva Henríquez", P. Luis A. Díaz H., págs. 14, 15.)

En la entrega de los títulos de dominio a los campesinos del fundo San Dionisio (abril de 1970), el Pastor les dijo:

"Debemos dar este paso efectivo que favorezca —especialmente— a quienes han contribuido con su trabajo a mantener y a aumentar los bienes de estas tierras. Estas tierras sirvieron durante mucho tiempo para ayudar al culto de Dios; a las obras del apostolado, a la mantención del clero. Pero consideramos que por encima de estas necesidades, está el porvenir de los trabajadores de la tierra, su dignidad y sus posibilidades de cultura. Creemos que nuestro ejemplo contribuirá a crear un espíritu de reforma y de transformación de nuestros campos, **cambiando sistemas de dependencia y opresión**, por nuevas formas de vida, donde el trabajador campesino se sienta responsable, respetado y digno. Un sistema que le permita trabajar en lo que es suyo, que asegure su porvenir y el de sus hijos..." (Cfr. Iglesia de Santiago. IDS N° 46, mayo de 1970, págs. 16 - 17.)

En esa misma oportunidad clamó por la paz entre los hermanos, paz que "sólo es posible si existe justicia social. Y una expresión de justicia es la distribución equitativa de los bienes y de las tierras. La desigualdad injusta y opresora engendra la violencia, el odio, el rencor, que ya presenciamos en nuestra patria. La libertad sólo es auténtica y duradera cuando lo es para todos, y no cuando es el patrimonio de quienes poseen dinero y cultura".

Este proceso, que abarcó casi tres períodos presidenciales, creó, en distintos sectores sociales y políticos, encontradas opiniones. Algunos veían en este testimonio del "Joven Rico", que entrega lo que tiene para servir mejor a su Señor, un funesto precedente que seguiría más adelante con la expropiación de sus propios bienes. Otros tildaban veladamente al Pastor como demagogo que entregaba parte de lo que

tenía para anestesiar las conciencias y frenar un proceso revolucionario. Sin embargo, muchos escuchaban sus palabras plenas de fe: "Creemos y esperamos en un amor eficaz y universal. No creemos en la violencia de los que defienden sólo sus intereses egoístas, ni en la violencia de los que creen interpretar al pueblo, y con sus actos sólo están preparando la represión y una mayor injusticia..." (IDS N° 46, mayo de 1970, pág. 17).

Un nuevo Cardenal para Chile

Todavía era noticia y motivo de comentarios periodísticos su reciente designación como Arzobispo de la diócesis más importante del país, cuando Juan XXIII lo convocó a Roma al Consistorio del 19 de marzo de 1962 para nombrarlo Cardenal. La designación de tan alta dignidad eclesiástica al Señor Arzobispo de Santiago significaba para Chile una profunda alegría, pues era continuar en un Pastor de la Iglesia chilena el reconocimiento que se inició con el Cardenal José María Caro. Pero lo más importante de esta designación era que Su Santidad lo llamaba para formar parte del Senado de la Iglesia como Consejero y colaborador directo del Papa, además de las atribuciones de elegir en cónclave secreto con los otros cardenales al sucesor del Romano Pontífice.

Se piensa que su dignidad cardenalicia lo hace el guía de la Iglesia chilena. El ha dicho muchas veces:

"Yo no he guiado a la Iglesia chilena. He guiado solamente a la Iglesia de Santiago... Somos los obispos de Chile los que hemos guiado a la Iglesia chilena". (B. S. N° 1, pág. 28.)

Pero en la práctica, el magisterio del Cardenal traspasaría los límites de su diócesis, por la dignidad de su cargo y por su testimonio de Pastor de los desposeídos. Sus discursos y homilias son tomadas en cuenta en el país y más allá de Chile.

Su trabajo se multiplicó con las visitas a las parroquias, a las poblaciones populares, a los hospitales, a los asilos, a los colegios, aumentó su trabajo pastoral con peticiones que se esfuerza por cumplir, escribió cartas, discursos y homilias en que defiende valientemente los derechos de los po-

bres que fueron impresas y circularon por América y el mundo, dando relevancia a su acción como Pastor de la Iglesia chilena.

Recién nombrado Cardenal alternó con su labor pastoral la responsabilidad que le cupo como Padre Conciliar en el próximo acontecimiento al cual convocó Juan XXIII. Desde 1960 a 1962, todos los obispos del mundo se prepararon en comisiones de estudio en los distintos episcopados y a nivel regional para llegar al Concilio Vaticano II, el 11 de octubre de 1962, a la Sesión inaugural, en la Basílica de San Pedro.

Chile, país de misión

El Episcopado Nacional llamó en 1963 a los católicos a integrarse a la "Misión General de Chile". Como este acontecimiento está cronológicamente en medio del trabajo que realizan nuestros obispos para el Concilio entre 1962 a 1965, hemos preferido adelantar este capítulo para darle la debida relevancia a esta experiencia misionera y mantener en una unidad la actividad desplegada por el Señor Cardenal Silva Henríquez en el Concilio y más tarde en el Sínodo de Santiago.

La gran Misión de Santiago es una parte del trabajo que se seguiría realizando a lo largo de todo Chile.

En la Convocatoria, el Pastor nos llamó de la siguiente manera: "Como Padre y Hermano os invito a cada uno de vosotros a participar en la Misión General que hemos iniciado para recibir y entregar la Paz y el Amor del Señor". Esta debe ser "una gran campaña, una cruzada" destinada a extenderse "vigorosamente por todo nuestro Chile".

Todos los católicos estaban invitados a ser "misioneros", a convertirse en "enviados" de Cristo en un país que se dice cristiano, pero que sabemos que no conocen a Cristo para comprometerse en su mensaje de justicia y amor. Había que predicar la Buena Nueva para que Chile fuera un país de hermanos.

En 1941 el Padre Alberto Hurtado había escrito un libro titulado: "¿Es Chile un país católico?". En aquellos años, el li-

bro escandalizó. ¿Cómo podía un sacerdote dudar siquiera de que Chile no fuera un país católico?

El serio estudio sociológico del padre Hurtado no pudo ser refutado, pero se continuó dudando de los conceptos que el santo sacerdote exponía en su libro.

Con motivo de la Misión General, los obispos de Chile decían en la Presentación Oficial lo siguiente: "Llamamos **crístiandad**, a un país en que los principios católicos inspiraban la acción de los hombres y de las instituciones, aun cuando haya personas que no compartan nuestra fe. En una cristiandad, el ambiente favorece y estimula la práctica religiosa de los individuos. Llamamos **país de misión** al caso contrario: un país en que la mayoría de los hombres y de las instituciones no se inspiran en principios cristianos ni favorecen, sino más bien son contrarios a la práctica de la minoría católica. **Es el caso de Chile hoy día**".

El editorial de la Revista Mensaje de la época (Cfr. Mensaje N° 124 - 125, págs. 693 - 696) hace un breve, pero interesante estudio de esta situación y los logros alcanzados con la "Misión General" en las zonas rurales de Santiago y Valparaíso.

Uno de los éxitos logrados en la actividad misionera fue que "por primera vez quizás nuestros laicos cristianos han comprendido que ellos también son Iglesia y han sentido su hermosa y grave responsabilidad 'misionera'".

Otro de los logros, fueron las fraternales críticas formuladas a la Iglesia institucionalizada, crítica sana que se hacía "desde adentro" por los laicos bienintencionados que también se consideraban Iglesia, es decir, parte viva del Cuerpo Místico, integrantes del Pueblo de Dios aquí en la Tierra:

"Se ha criticado el boato de la Iglesia que parece contradecir el Mensaje evangélico de pobreza y de austeridad. Se ha criticado la distancia —símbolo de ella es la sotana— que separa al sacerdote del laico. Se ha criticado el carácter dominante y parterernalista de sacerdotes y párrocos, su falta de delicadeza y de tacto en el trato con los seglares..."

"La crítica ha alcanzado de lleno a nuestros colegios católicos. Es innegable que realizan una hermosa y meritoria obra pero, ¿logran realmente su objetivo? ¿Forman cristianamente a la mayoría de sus alumnos? Se impone aquí también

un honrado examen de conciencia y ese 'imperioso esfuerzo de cambio' a que alude el Cardenal, en la convocatoria a la Misión General."

No todo fueron críticas. Había un sincero afán de **estar y ser en la Iglesia**, de comprometerse con la palabra y el testimonio. Para esto era necesario instruirse religiosamente y cooperar en la hermosa obra de cristianización de nuestros hermanos de Chile y el mundo.

En una época de cambios trascendentales, la tarea común era unirse. Hacer verdadera esa palabra santa: **COMUNION**.

Comunión de laicos, religiosos, sacerdotes y obispos en la gran cruzada de evangelización. Este fue el éxito de la Gran Misión Arquidiócesana de Santiago, que se entregaba humildemente como experiencia viva a las otras diócesis del país.

El Concilio Vaticano II. De Juan XXIII a Paulo VI

Los Padres Conciliares acudían a Roma el 11 de octubre de 1962 a deliberar y a tomar acuerdos para "instruir a los hombres en las cosas relativas a la fe y buenas costumbres, recordándoles con especial insistencia, cuál es la íntima naturaleza de la Iglesia, cuáles sus deberes y sus fines" ("Apropinquante Concilio". Juan XXIII). La Iglesia era el tema central de las deliberaciones. Se trataba de dar respuesta adecuada a los problemas de nuestro tiempo a través de las vivencias del Pueblo de Dios, orientado y guiado por sus Pastores: **los Obispos**.

El Señor Cardenal Silva Henríquez y Monseñor Manuel Larraín participaron en la organización y en las deliberaciones de todas las sesiones, asesorados por el Padre Jorge Medina, hoy Pro Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile; y por el Padre Egidio Viganó, quien actualmente es el Rector Mayor de los Salesianos de todo el mundo.

La presencia de los obispos chilenos, según el R. P. Rocco Caporale S. J., fue, quizás, la más destacada de la Iglesia latinoamericana.

Las primeras intervenciones de los Padres se centraron en el cómo se organizarían las distintas comisiones de estudio y deliberaciones. No obstante que a su llegada se encontraba

todo dispuesto, de la misma manera como en los anteriores concilios se había realizado. Pero las circunstancias de un mundo más grande y numerososamente representado en la Iglesia hacían difícil el diálogo sin un conocimiento previo entre los Padres Conciliares. Las intervenciones de distintos prelados, entre los cuales se contaba el Señor Cardenal Silva, determinaron una nueva organización que hizo que el mundo conociera, como dijo la prensa de la época, "el más grande y democrático de los veinte Concilios anteriores, desde el primero de Nicea, el año 325 de la Era Cristiana hasta el Vaticano I de 1870". (Ercilla 1430, octubre de 1962.)

El arduo trabajo, tres años de preparación (1960-1962) y cuatro años de deliberaciones (1962-1965), entregaron excelentes frutos: cuatro Constituciones, nueve Decretos y tres Declaraciones Sinodales.

Entre las deliberaciones para redactar la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, "Lumen Gentium", algunos Padres Conciliares deseaban darle un máximo relieve a la intervención en el Plan Divino de la Santísima Virgen y por este motivo propusieron que la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia, fuera objeto de una Constitución Dogmática especial, distinta de "Lumen Gentium". Frente a estas proposiciones, el Señor Cardenal Silva Henríquez, otros obispos y el mismo Papa Paulo VI, señalaron (Cfr. Mensaje N° 126, pág. 22) que la Santísima Virgen en el misterio del Verbo Encarnado era parte fundamental del Cuerpo Místico, y por lo tanto, debía tener un capítulo relevante dentro de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia. Esta intervención de Monseñor Silva dio lugar a algunas reacciones de algunos Padres que hirieron profundamente el espíritu mariano de nuestro Pastor, quien siempre nos ha enseñado que la Virgen es la Divina Mediadora ante su Hijo y Su Santísima Trinidad. Después de las deliberaciones y aprobada la moción de los Padres que deseaban la inclusión de un capítulo en el documento, sobre la Iglesia, se procedió a redactar el Capítulo VIII que es uno de los más hermosos y profundos de la Constitución Dogmática "Lumen Gentium".

Otra de las intervenciones relevantes del Señor Cardenal en el Concilio fue aquella en que habló en nombre de cin-

cuenta y ocho Padres de América Latina, aprobando la "Declaración sobre la Libertad Religiosa", y que tuvo un movido debate para su promulgación final después de varias sesiones de deliberaciones (Cfr. Mensaje N° 134, págs. 606 y 607; N° 143; págs. 574 a 577).

Un gran dolor se dejó venir en el transcurso del Concilio sobre la Iglesia y el mundo. El Papa Bueno estaba enfermo y su mal era incurable: tenía cáncer.

Para Juan XXIII no era motivo dejar el estrado de las deliberaciones pese a los consejos de los médicos. El Papa vivía y se mantenía con ánimo por el Concilio. La primera sesión se clausuró el 8 de diciembre de 1962, día de la Inmaculada Concepción, y Juan XXIII bajó a la Basílica con punzantes dolores para despedir a los Padres Obispos que se dispersarían por el mundo para volver a sus respectivas diócesis.

A fines de mayo, la salud del Santo Padre declinaba irremisiblemente y el lunes 3 de junio volvía al Padre Dios.

Cincuenta y tres días antes de morir, el Papa de la Paz entregó un gran legado no sólo a los obispos y fieles católicos, como era tradicional, sino a todos los hombres de buena voluntad. Era su encíclica "Pacem in Terris", sobre la paz entre los pueblos, que ha de fundarse en la verdad, la justicia, el amor y la libertad.

Hermosos tesoros nos dejó de herencia: un Concilio que continuaría su senda, dos grandes encíclicas: "Mater et Magistra" y "Pacem in Terris", y en todos los rincones del mundo, Pastores de la Iglesia.

Nuestro Cardenal se aprontó a viajar y antes de partir nos dejó un sentido mensaje por la muerte del Santo Padre.

El Arzobispo de Santiago lo sintió con un dolor más filial, como otros tantos Pastores del mundo que recibieron de Juan XXIII la confianza para dirigir una grey, y en su caso, por añadidura, la dignidad cardenalicia como su Consejero en el Senado de la Iglesia.

El Cónclave se inició el 19 de junio. Asistieron 54 cardenales de Europa, 11 de América Latina, 7 de América del Norte, 6 de Asia, 1 de Oceanía y 1 de África. El 21 de junio el Cardenal Ottaviani anunció: "Tenemos Papa..." "Es el eminentísimo y reverendísimo Señor Cardenal de la Santa Iglesia

Romana Juan Bautista Montini, quien ha tomado el nombre de Paulo VI".

La gente, alborozada, esperó que el nuevo Papa se asomara a los balcones centrales del Vaticano para recibir la primera bendición "a la Ciudad y al Mundo".

Paulo VI fue el Papa del Concilio. De las cuatro etapas del Vaticano II le tocó presidir tres y llevarlas a buen puerto en momentos difíciles, "en las que hubo tempestades y horas oscuras, pero que han llevado a la maravillosa ejemplaridad del voto unánime a la hora de las grandes decisiones y después de las más duras controversias". ("Paulo VI, El Papa de la Esperanza". Eugenio Pennati.)

Este gran acontecimiento de la Iglesia lo cerró solemnemente Paulo VI el 7 de diciembre de 1965, con la firma de los últimos documentos conciliares.

Muy pocos podían en ese momento imaginarse las proyecciones del Concilio Vaticano II.

Sólo más tarde, después de haber estudiado las Constituciones, Decretos y Declaraciones, después de haberlas probado en la práctica en los distintos Sínodos Pastorales de las diócesis de todo el mundo, podemos dar un juicio sobre el Concilio Vaticano II y sobre sus dos gestores: Juan XXIII, el Papa de la Paz, y Paulo VI, el Papa de la Esperanza. Podemos decir, ahora, que damos gracias al Espíritu Santo, por habernos enviado a estos Vicarios de Cristo y tantos Padres Conciliares que han llevado a la Iglesia por caminos inéditos, seguros de que el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo está vivo y renovado en el mundo de hoy en aquéllos que aceptan la Palabra de Dios, la proclaman y la testimonian.

El Sínodo de la Iglesia de Santiago

Ahora le correspondía a todo el Pueblo de Dios vivir el Concilio. El Pastor de la Iglesia de Santiago instó a todos los fieles a través de una Carta Pastoral (31 de agosto de 1966) al estudio de los documentos conciliares en el Sínodo de la Iglesia de Santiago.

Cerca de cuatrocientos representantes de la Iglesia: obispos, presbíteros, religiosos, religiosas, hombres, mujeres y

jóvenes, participaron en el VIII Sínodo de Santiago (1967-1968) que estudió la realidad de la Iglesia Diocesana para aplicar en la práctica la voluntad del Concilio Universal de la Iglesia.

Uno de los temas que surgieron inmediatamente fue la misión evangelizadora frente a las carencias de los fieles de una fe madura y comprometida. Otros fueron las prácticas de piedad y una liturgia que llegara al pueblo.

Se debatió sobre las estructuras de participación en la arquidiócesis, las parroquias, y la importancia de los decanatos. Se pidió un mayor diálogo y participación de las instituciones de la Iglesia, tanto a nivel del clero como del laicado, en acuerdo con la jerarquía eclesiástica. Se revisó la inserción de la Iglesia en el mundo y la participación militante de los fieles en las aspiraciones del hombre, en sus problemas y en sus conflictos. Se pidió el compromiso, como dice Paulo VI, de "suscitar en todo el Pueblo de Dios el pleno conocimiento de la función que los tiempos actuales piden a cada uno para promover el progreso de los pueblos, favorecer la justicia social entre las naciones y los diversos sectores de la propia nación" (Cfr.: "Sínodo Pastoral". Textos aprobados en la primera sesión, septiembre de 1967, pág. 122).

Las relaciones entre los hijos del Pueblo de Dios fueron analizadas con verdadero espíritu fraterno y cada uno asumió, en las críticas, su responsabilidad y el deseo de enmendar rumbos para una mayor comunicación entre el "Pastor-Cuerpo Sacerdotal", los religiosos y los laicos.

Quizás si uno de los temas más importantes de estas innovaciones sea la participación activa y renovadora de los laicos y una expresión "nueva", pero de antiguas y profundas raíces cristianas: el diaconado permanente. Los diáconos permanentes son laicos que trabajan por el Pueblo de Dios, ejercen la palabra de Dios, y administran los sacramentos del bautismo, la comunión y el matrimonio.

Otros temas sumamente importantes estudiados en el Sínodo fueron la cultura y la educación, la vida religiosa, las vocaciones, la formación sacerdotal, el ecumenismo, el diálogo entre judíos y cristianos, y la relación de la Iglesia con los no creyentes.

Decía el Señor Cardenal en el transcurso del Sínodo, citando a Paulo VI:

"Si el Concilio comprometía directamente a los Padres Conciliares, es decir, a la jerarquía con autoridad de Magisterio y de gobierno, el postconcilio compromete a todos y cada uno, clero y fieles" (Paulo VI, 15 de diciembre de 1965).

"Hagamos nuestras —agrega el Pastor— las palabras del Papa a propósito del Concilio, y apliquémoslas a nuestro Sínodo:

"Las normas del Concilio hay que ponerlas en práctica, estudiarlas, comprenderlas, aplicarlas dentro del contexto efectivo de la vida cristiana; si faltara esto, ¿para qué habría servido el Concilio?". Y dijo inmediatamente, refiriéndose el Sínodo: "Si no continuamos trabajando todos, ¿para qué habría servido el inmenso esfuerzo de la Iglesia de Santiago...?"

Paralelamente con el Sínodo de Santiago, se organizaban en otras diócesis reuniones similares; de la misma manera, el Episcopado Nacional emitía Cartas Pastorales sobre los distintos temas que se habían promulgado en el Concilio.

Crisis en la Universidad Católica

Los estudiantes de la Universidad Católica iniciaron una huelga y se tomaron la Sede Central de esa Pontificia Universidad, en demanda de una renovación de las estructuras de participación de todos los estamentos de la Casa de Estudios, acorde con las orientaciones pastorales proclamadas por el Concilio Vaticano II.

Como otro antecedente, existe un documento aprobado en la reunión de Buga, Colombia, en febrero de 1967, que debe regir a las universidades católicas y que cuenta con la aprobación de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades.

Frente a la dificultad entre la autoridad máxima de la Universidad y la comunidad universitaria en su mayoría, el Comité Permanente del Episcopado hizo una declaración llamando al diálogo y al entendimiento (11 de julio de 1967).

Como el conflicto se prolongara, la Sagrada Congregación

de Seminarios y Universidades ordenó que el CPE se encargara del asunto "en la persona de su presidente, el Señor Cardenal Raúl Silva Henríquez, Arzobispo de Santiago (para que) obre como mediador de las partes en causa, a fin de estudiar una reforma ulterior de los estatutos de esa Universidad y dar inmediatas y oportunas disposiciones a las dos partes para que terminen enseguida el conflicto".

El problema se presentaba sumamente delicado y la presión levantada por la prensa atrayendo la atención de la opinión pública, que no fue bien informada, contribuyó a desatar las pasiones políticas en un problema que era fundamentalmente universitario y gremial en el más estricto sentido del término.

La solución se dilataba cada vez más por las posiciones de las partes beligerantes.

En los momentos más tensos, el 17 de agosto, el Presidente de la República, don Eduardo Frei, le hizo saber al Sr. Nuncio que se temía una verdadera revolución con la intervención de la CUT y los partidos políticos de la izquierda marxista.

El Sr. Frei solicitaba que la Santa Sede, única y suprema autoridad en el asunto, interviniera.

La Santa Sede pidió expresamente el Sr. Cardenal que actuara con plenos poderes para que con suma urgencia solucionara el grave problema.

Con la intervención del Sr. Arzobispo de Santiago se llegó a un principio de acuerdo entre las partes en conflicto. Se pedía que el Claustro de Profesores se reuniera y propusiera un Vicerrector. Este estamento universitario nominó al Sr. Fernando Castillo Velasco, quien a su vez fue nombrado Vicerrector con plenos poderes por el mismo Rector de la U.C. Mons. Alfredo Silva Santiago.

La intervención del Señor Cardenal consistió, por lo tanto, en un problema tan candente, en conciliar las partes y lograr una solución aceptada por los interesados.

Esta intervención, solicitada por la Santa Sede, debido a la mala información de cierta prensa, resultó ser una grave fuente de malas interpretaciones de parte de todo el sector que se sintió desplazado.

La situación se complicó cuando una parte no cumplió con

el compromiso y el Vicerrector Castillo, a su vez, quiso renunciar. Fue entonces cuando la Santa Sede pidió la renuncia a Mons. Silva Santiago y nombró Gran Canciller a Mons. Silva Henríquez.

Solucionado definitivamente el conflicto, se llevaron adelante paulatinamente los acuerdos de Buga, en un diálogo abierto y franco que trajo la tranquilidad a la Universidad Católica de Chile.

En octubre de 1974, por diversas dificultades, el Señor Cardenal Silva suspendió el ejercicio de su cargo de Gran Canciller, nombrando como su reemplazante a Mons. Jorge Medina con el cargo de Pro Gran Canciller de la U.C.

La educación católica en la Iglesia de Santiago

Uno de los documentos más importantes que se publicaron en noviembre de 1967 fue "Los Católicos y la Educación", Pastoral de los obispos chilenos, en cuya Comisión Episcopal de Educación trabajaron el Sr. Cardenal Silva Henríquez, el Señor Arzobispo Don Alfredo Silva Santiago, Monseñor Jorge Gómez Ugarte y el R.P. Patricio Cariola S.J.

De acuerdo con este documento y a base de la Declaración Conciliar "Gravissimum educationis", sobre la educación cristiana, la escuela católica de Santiago comenzó a revisar sus objetivos y actividades para procurar "comprender mejor a la persona, la estructura y el dinamismo de la sociedad en desarrollo, y llevarla a una participación responsable y creadora para lograr un nivel más humano de vida de la comunidad toda" (Cfr. "Los Católicos y la educación", pág. 6).

Se buscaba el compromiso del padre de familia como principal educador de su hijo en una actitud de diálogo con los educandos y los profesores, y su participación viva en las actividades de apoyo a la escuela, además de la perfección de los sistemas educativos y de la evangelización. Se trataba de abrir los colegios a aquellos "grupos sociales, aún marginados (que) exigen perentoriamente su participación" (Gaudium et Spes) en los bienes de la cultura y en el desarrollo espiritual de la persona.

Había que sensibilizar a los jóvenes católicos para que asumieran un compromiso social y solidario con los hermanos desposeídos.

“Urge democratizar —dice el Sr. Cardenal— los colegios que están en manos de la Iglesia, para que cualquiera familia que lo desee pueda enviar sus hijos allí, sin problemas o limitaciones económicas, como ahora ocurre”. (Cfr. IDS, N° 59, agosto de 1971, pág. 21 y N° 62, diciembre de 1971, págs. 14 y 15. V. “El Pensamiento Social...” pág. 228.)

Más tarde, el 18 de junio de 1974, como resultado del magisterio de los Padres Conciliares y de los debates del Sínodo Diocesano, se creó la Vicaría para la Educación del Arzobispado, que es el organismo que coordina los objetivos y las actividades de los colegios católicos de Santiago, especialmente en la evangelización y catequesis, sin descuidar los aspectos técnicos de la enseñanza y la administración escolar.

Los estamentos de cada comunidad escolar tienen una representación a nivel de la Vicaría, a través de las distintas zonas en que se ha dividido. También se está coordinando la labor de los profesores católicos de liceos y escuelas fiscales que desean recibir servicios de la Iglesia en las distintas instancias educativas.

Existe el Consejo Arquidiocesano de Educación que actúa a través de una Secretaría permanente y tiene delegados zonales que coordinan las actividades de los estamentos de profesores, de padres de familia, de los alumnos y del Consejo de Rectores.

Se ofrecen además algunos organismos técnicos como el Hogar Catequístico, el Servicio de Experiencias Pedagógicas Poveda, el Instituto de Pastoral Familiar y una Escuela de la Fe, para formar apóstoles entre los profesores fiscales y de los colegios católicos.

En este momento la Iglesia de Santiago, gracias a su Pastor, a sus colaboradores en este campo específico, a los directores y profesores de los colegios, puede mostrar un trabajo largo y fecundo que se traduce en un verdadero compromiso juvenil —dice Monseñor Víctor Gambino, Vicario para la Educación— y agrega: “Como nunca los jóvenes están abiertos a colaborar con la Iglesia. Han renacido grupos ju-

veniles en nuestros colegios, en nuestras parroquias. Quieren comprometerse seriamente con la Iglesia y lo hacen con mucho interés, con mucha fuerza, con muchos ideales. Veo que la juventud de hoy tiene una fuerza mística... (Cfr. entrevista a Mons. Víctor Gambino por el joven Pedro García, Revista Escolar P.S.J. 1978).

La toma de la Catedral

Un acto inusitado y desconcertante impactó a los fieles de la Iglesia de Santiago, se difundió a todo el país y se convirtió en noticia mundial inmediatamente. El domingo 11 de agosto de 1968, un grupo de doscientos católicos ocuparon la Catedral de Santiago durante 14 horas, justo en los momentos en que culminaba el Sínodo que había dejado tantas esperanzas en los católicos de la arquidiócesis y de otras provincias chilenas.

Un hecho precipitado que causaba un profundo estupor y tristeza en el Pueblo de Dios.

Después de un diálogo fraterno en el Sínodo, que duraba ya casi dos años, se dejaba una imagen falsa e injusta de la jerarquía, haciéndola aparecer como "retrógrada, impermeable a los anhelos cristianos y humanos del pueblo". Diálogo que se efectuó entre hermanos y amigos; "y la injusticia de los amigos es la que provoca más dolor" (Cfr. Mensaje, N° 172).

Los motivos que tenían estos cristianos para realizar este gesto de protesta eran poner en evidencia su situación de marginados, protestar en contra de la injusticia social en Chile y en América Latina y llamar la atención del mundo y de la Iglesia en los momentos en que S.S. Paulo VI venía a América Latina para asistir al Congreso Eucarístico en Bogotá, Colombia.

Siete sacerdotes, una religiosa y un grupo de laicos, en su mayoría pertenecientes a la Parroquia San Luis Beltrán de la Comuna de Pudahuel, querían protestar por "el lujo y la grandiosidad que rodearía al Santo Padre en el Congreso Eucarístico en Bogotá; protestar por la situación de injusticia y explotación en que vive el pueblo colombiano; denunciar a

una Iglesia triunfalista en un continente donde existen miseria, el dolor, el hambre y la injusticia social" (fragmento de la protesta).

Esta declaración tan dramática y, de suyo tan legítima, buscaba un cauce de comunicación con los cristianos de Chile y América. Pero la forma de protestar afectó profundamente a la Iglesia de Santiago, sobre todo a su Pastor que en ese momento se encontraba en una visita pastoral en la zona costera. En la noche, cuando regresó a Santiago, expresó su indignación y, profundamente dolorido, dijo a la prensa:

"La acción de unos pocos sacerdotes descontrolados, olvidados de su misión de paz y amor, ha llevado a un grupo de laicos y de jóvenes a efectuar uno de los actos más tristes de la historia eclesiástica de Chile". (Ercilla, N° 1730, agosto de 1968.)

Por supuesto que los medios de comunicación social le dieron relevancia a la noticia en aquellos aspectos que más les interesaban, de acuerdo a sus posiciones políticas e ideológicas. La prensa se fue más por los detalles que por las razones que tenían los pobladores.

Nuevamente algunos sectores interesados atacaron injustamente al Cardenal, pero él demostró una vez más su entereza al declarar virilmente:

"No hemos sido quizás suficientemente humildes, pues creíamos que nuestra Iglesia era la mejor de todas; quizás nuestro diálogo no ha sido suficiente; tal vez no hemos sabido darnos a nuestros sacerdotes y a nuestro pueblo en la medida que hoy se necesita.

"Agradecemos al Señor el dolor que nos ha hecho sufrir. Creíamos que no debíamos ser ajenos a lo que tantos otros sufren en estas horas de incompreensión, de violencia y de injusticia en el mundo entero. Pedimos a nuestro pueblo que no se deje influenciar por quienes pretenden llevarlo por los caminos torcidos de la violencia. Perdonamos de todo corazón a los que nos han ofendido" (IDS N° 31, agosto de 1968, pág. 11).

La prensa que en el primer momento dio gran publicidad a la noticia en las primeras páginas, días después se olvidó o informó sin darles relevancia a la reconciliación y al perdón

entre hermanos que se expresó a través de cartas y conversaciones de los líderes y sacerdotes que participaron en la "toma", con el Señor Cardenal.

Poco o nada se publicó del "hermoso y emocionante llamado a una reconciliación eucarística; a un reencuentro junto a la mesa de Cristo", con el Pastor y su pueblo.

Algunos participantes en la "toma" declararon después en la revista Mensaje que "de haber sabido que su gesto podría significar un menoscabo de la autoridad del Cardenal, no sólo no lo habrían efectuado, sino que habrían concentrado todos sus esfuerzos en organizar un movimiento de adhesión al Pastor que sinceramente respetan y quieren" (Cfr. Mensaje, N° 172, pág. 404).

Difícilmente se podían imaginar los protagonistas y los católicos en general que la alusión al Santo Padre y a su primera visita a América Latina iba a tener una respuesta del Papa en el discurso de apertura del Congreso Eucarístico, por cierto que no por el acto de protesta en la Catedral de Santiago. El Papa y los obispos tenían plena conciencia de la situación de injusticia en nuestros países.

Paulo VI en Medellín

La respuesta a este mundo injusto fue contundente desde las primeras palabras de Su Santidad en su saludo inicial en Bogotá, hasta la formulación de ese magnífico documento pastoral que son las conclusiones de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que se efectuó en Bogotá (22 - 24 de agosto) y luego en Medellín, desde el 26 de agosto al 6 de septiembre de 1968.

Los estudios de "La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la Luz del Concilio" eran un mensaje de fe, esperanza y amor que aún no escuchan algunos hombres y gobernantes latinoamericanos. Pero el Pueblo de Dios y sus obispos encontraban unidas en esta tierra americana "la lucidez y la valentía del Espíritu para promover la justicia social, para amar y defender a los pobres, para servir con la fuerza del amor evangélico con la sabiduría de la Iglesia, madre y maestra, a las necesidades de la sociedad moderna"

(Cfr.: Alocución de Paulo VI en Bogotá a los nuevos sacerdotes, 22 - VIII - 1968).

Terminaban los Pastores su documento con un compromiso: imitar a Cristo. "Tendremos que aunar, hasta el sacrificio de nuestras personas, si queremos edificar una sociedad nueva, que merezca ponerse como ejemplo, verdaderamente humana y cristiana".

Desde esa promesa, varias vidas se han consumido en la defensa de los pobres de América: laicos, sacerdotes, religiosos y un Arzobispo. Otros siguen luchando, como ellos, sin más armas que la palabra de Dios.

Monseñor Raúl Silva Henríquez estuvo presente en la Segunda Conferencia Episcopal y al escuchar al Papa y al deliberar en las comisiones de la conferencia, recordaba al pueblo chileno y latinoamericano.

"La gran familia de los chilenos sufre"

Por esos mismos días (1968) Monseñor Silva Henríquez decía en Santiago con mucha preocupación:

"La gran familia de los chilenos sufre. En Chile hay pobreza. En Chile falta trabajo; no tenemos las viviendas necesarias. La inflación no ha podido ser vencida. Las desigualdades sociales y la marginalidad de inmensos sectores son una llaga abierta en nuestra conciencia de chilenos y de cristianos... Todos estos problemas son un llamado de Cristo. Si queremos ser hermanos de verdad, debemos tendernos mutuamente las manos, para enfrentar juntos estas dificultades enormes. La Iglesia de Chile quiere ser un pueblo de servidores para el Pueblo de Chile, para su desarrollo y para su porvenir". (Cfr.: IDS N° 33, noviembre-diciembre de 1968, pág. 27).

Grandes problemas se vislumbraban en el futuro de Chile. El Señor Cardenal se adelantaba a denunciarlos como un profeta que previene a los hombres los males que vendrán. Prevenía a su pueblo para remediar con el amor de Dios las injusticias.

Eran los tiempos en que algunos cristianos, engañados por

falsos espejismos, buscaban una pronta justicia social, apremiados por la situación de los hermanos marginados.

“En esta hora de tanta desorientación y tanta rebeldía —decía el Pastor— nos dirigimos al Señor en confiada oración, y le pedimos que nos haga conocer de qué espíritu somos; que ponga en evidencia ante nuestros ojos que los cristianos y especialmente los sacerdotes somos los sembradores del amor y no del odio...” (op. cit. pág. 6).

Una época de confusiones entre algunos cristianos que, auténticamente urgidos por los problemas de injusticia social, aprobaban los caminos de la violencia.

Muchos no escucharon sus palabras proféticas: “Este espíritu de amor es incompatible con el espíritu de violencia y de guerra y que la prueba única de que somos verdaderos discípulos del Señor es que nos amemos los unos a los otros. Porque teniendo la absoluta convicción de que el amor es infinitamente más poderoso que el odio para construir un mundo mejor, queremos desterrar de Chile toda violencia”, tanto la que nace del egoísmo que quiere mantener las estructuras injustas, como aquellas que nacen del error o del odio que todo lo quiere destruir” (op. cit., pág. 6).

Los impacientes lo criticaban por predicar esas palabras, porque —según ellos— ésas eran sólo hermosas palabras y agregaban que en los hechos la Iglesia no se concretaba en la ayuda al desposeído.

Sin embargo olvidaban el trabajo de la Iglesia que no sólo predicaba, sino que también testimoniaba desprendiéndose de los bienes materiales.

Las palabras más elocuentes que hemos encontrado de las tantas que pronunció el Señor Cardenal por aquellos años son las siguientes:

“¿Por qué hicimos la Reforma Agraria? Porque la Iglesia debe ser leal y sincera consigo misma y con todos los chilenos. La Iglesia ha nacido para continuar la misión de Cristo, y esta misión se resume en esta palabra: **dar**. La Iglesia debe dar la Verdad y el Amor. Y éstas no son sólo buenas palabras: su Verdad y su Amor son la generosidad, la solidaridad, la unión entre los hombres. Esto significa que los bienes de la Iglesia son los bienes de todos los hombres,

especialmente de los que menos tienen: los bienes de los pobres." (Cfr. IDS N° 46, mayo de 1970, pág. 17.)

Los sacerdotes: portadores de la gracia

Pero no basta con el ejemplo de dar los bienes materiales. Estos ejemplos pasarán y con el tiempo quedarán como valioso testimonio histórico que muchos olvidarán.

Lo importanté es que "nosotros queremos inyectarle al mundo, lleno de miserias y de intereses mezquinos, la fuerza de la gracia y de la vida de Cristo para que El viva en todos nosotros. Esta es la tarea por excelencia que tiene el sacerdote." (Cfr. IDS N° 37, mayo-junio de 1969.)

Durante los próximos cuatro años seguirá insistiendo, primero con paternal benevolencia y después con firmeza, que el sacerdote no debe someter la fe a las ideologías.

En el interesante libro "El Pensamiento Social del Cardenal Silva Henríquez", del Pbro. Luis Antonio Díaz H., págs. 66 a 71, encontramos una intervención de Mons. Silva en el Canal 13 de T.V., en abril de 1971:

"Apreciamos particularmente a nuestros hermanos sacerdotes que con libertad escogieron vivir pobremente al servicio de los que no han escogido su pobreza... (pero por este compromiso), los sacerdotes no han de estar nunca al servicio de una ideología o facción humana, que por su naturaleza se contraponen y excluyen a las otras. Dicho positivamente: el **Sacerdote es el hombre de Dios** (op. cit. 68).

"Tenemos que matar el odio"

Sus prédicas en contra de la violencia desde esa época hasta el presente se han mantenido inalterables.

Les decía en agosto de 1969 a los dirigentes de Movimientos Juveniles Cristianos, en una forma breve, pero dramática:

"Si la revolución significa un giro en 90° para hacer más justas las actuales estructuras, debemos iniciarla. Si significa tomar las armas y matar, ¡NO!" (Cfr. IDS N° 39, pág. 2).

En el año 1970 se agudizó la lucha electoral por llegar a la

presidencia de la República. Los tres bandos en pugna eran la Unidad Popular, coalición de partidos de izquierda que llevaba como candidato al señor Salvador Allende Gossens, senador socialista; el Partido Nacional, que agrupaba las fuerzas liberales y conservadoras de la política chilena y algunos sectores independientes que postulaban a don Jorge Alessandri Rodríguez, ex Presidente de la República (1958-1964); y el Partido Demócrata Cristiano, que pretendía continuar en el gobierno por un segundo período y apoyaba al senador de sus filas, don Radomiro Tomic Romero.

La contienda electoral fue dura, con enfrentamientos verbales y en las acciones, por los tres bandos en pugna.

En vísperas de las elecciones presidenciales del 4 de septiembre de 1970 se emitió un Mensaje del Pastor a los cristianos de Santiago: "Reconozcamos que es un lujo, un privilegio, no muy común en nuestra América, poder elegir así, con esa seriedad, con esa libertad, a los representantes y servidores de un pueblo soberano.

"Pero este privilegio hay que cuidarlo; este proceso hay que dignificarlo. Lo recibimos de nuestros mayores como un precioso legado, y nuestros hijos esperan que se lo transmitamos intacto y enriquecido. Es un deber que no siempre cumplimos bien.

"La verdad y las personas no han sido siempre respetadas. Más de una vez la violencia ha cobrado víctimas cuyas vidas nos parecen estérilmente tronchadas..."

Terminaba su mensaje pidiendo **paz**:

"¡Conozcámonos! Adentrémonos con respeto, unos en otros, más allá de esa etiqueta o denominación política que nos separa y aleja como si fuéramos extraños..."

"Nunca tendremos paz si no tenemos justicia. Sí, la paz es obra y fruto de la justicia. Y la justicia consiste en amar los derechos de los otros tal como ama uno sus propios derechos (Cfr. IDS N° 49, septiembre de 1970, pág. 22).

Pero el llamado a la paz no fue escuchado. El 22 de octubre de 1970 fue asesinado el General René Schneider, Comandante en Jefe del Ejército, en un intento de rapto para impedir que el candidato que había obtenido la primera mayoría relativa, don Salvador Allende, fuera elegido por el Congreso Pleno.

El cobarde crimen causó profundo dolor en la ciudadanía que contemplaba cómo en nuestro Chile se consumaba un atentado político en la figura del dignísimo General de la República.

En la Misa de Exequias del General René Schneider, el 26 de octubre, el Cardenal pronunció una sentida homilía por el nuevo mártir de la patria.

"La patria está de duelo: un gran soldado del Ejército de Chile ha muerto sacrificando su vida en el altar de la patria, por eso nos vienen a los labios las palabras del Libro Santo que acabamos de escuchar: 'Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos'.

"Esa palabra ilumina nuestra congoja de hoy. Al que ha dado la vida por sus amigos se lo llora; pero no se lo pierde.

"Hoy son nueve millones de amigos, nueve millones de chilenos los que sienten renacer su hambre y sed de justicia, su pasión por la Verdad, su anhelo y vocación de paz, su imperativo de fraterna unidad y, sobre todo, su fe en la convivencia democrática. Una nueva vida palpita en el corazón de la patria, una conciencia se ha hecho común y definitiva: el camino de la justicia no pasa por la violencia" (Cfr. "El Pensamiento Social...", pág. 74).

El 6 de junio de 1971 era asesinado el Sr. Edmundo Pérez Zujovic, quien fue Ministro del Interior del Gabinete del Presidente Eduardo Frei, mandatario que hacía unos meses había entregado el mando al nuevo Presidente, Salvador Allende.

El Pastor, con profunda consternación decía en las exequias del Ministro: "En menos de un año, dos hermanos nuestros, que dedicaron su vida a servir a los demás, han caído sacrificados a una fría y calculada voluntad de destrucción. Dos veces; dos hombres; ya es demasiado. **Tenemos que matar el odio antes de que el odio envenene el alma de nuestro Chile...** (op. cit. págs. 76 - 77).

La reiteración de sus llamados a la paz, que deriva de la justicia; al amor, para no caer en el odio y la violencia; al respeto a los derechos humanos eran escuchados por los humildes de corazón, pero la soberbia estaba en algunos de los gestores de los bandos en pugna que no escuchaban a los que llamaban a la concordia.

Premio por la defensa de los derechos humanos

Desde el extranjero llega un reconocimiento. Otros hombres de otra religión aprecian su defensa de los derechos de la persona humana. El 4 de diciembre de 1971 se le adjudica el premio "Derechos Humanos", otorgado por el Congreso Judío Mundial a través de su Ejecutivo Sudamericano.

El pergamino del premio dice, en parte: "La actividad de su Eminencia, el Cardenal Raúl Silva Henríquez, ha dejado una profunda huella en múltiples terrenos, vinculados con la efectiva promoción de los derechos humanos en América Latina".

Su Eminencia, en el momento de recibir el galardón, pronunció un discurso que, a la distancia y teniendo en cuenta el momento que vivía el país, vale la pena que lo tengamos presente como una proyección de su defensa de los derechos humanos en el próximo decenio.

Una actitud invariable que tiene sus raíces en su vocación, que se expresa en su ordenación sacerdotal y se refrenda en su magisterio como Padre y Pastor: "El Amor de Cristo nos urge". "El amor de Dios nos apremia".

El 26 de abril de 1972 decía en el Círculo Israelita de Santiago: "Realmente, para mí, es una grata sorpresa que las comunidades judías de América Latina hayan querido, de cierta manera, darme un premio para reconocer mi actividad como defensor de los Derechos Humanos.

"Yo no sé si merezco este premio.

"Es tan grande lo que significa defender los derechos del hombre en toda su amplitud, defender al hombre de todas las latitudes, de todos los continentes, de todas las razas, de todas las religiones.

"Al hombre, porque lleva en sí la imagen divina.

"En el texto sagrado, que nosotros hemos recibido como herencia más preciada, que Israel nos dejara, se lee que el hombre fue creado por Dios a su imagen y semejanza. Y porque el hombre lleva en sí este sello, este sello de grandeza, de divinidad, es que hay hombres que creen que es deber suyo defenderlo.

"Parece, mis queridos amigos, que esto, o que esta actitud diré mejor, no está de acuerdo con el desarrollo y con la

cultura de los hombres de nuestra época. Parece como que el hombre se hubiera ofuscado, que no supiera reconocer en su hermano al que tiene como él esta estirpe, esta ascendencia bendita que lo hace digno de respeto.

"Que haya hombres que tengamos que defender esto, nos parece hoy día una triste necesidad.

"Sin embargo vemos que en la humanidad existen hoy, y es necesario que haya esta clase de hombres.

"¿Pero cuánto hemos hecho?

"He examinado mi conciencia y puedo decir que es bien poco.

"Siento, eso sí, una ley que me impele a actuar en defensa de mis hermanos.

"Siento, eso sí, que hay algo en mí que he recibido no sólo por la educación que me dieron mis padres; no sólo por la cultura de mi pueblo, sino que creo también que hay algo que he recibido de todos los que me precedieron en el tiempo y que han dejado el rastro suyo en mi personalidad. Y ese algo es la norma bendita, a la cual vosotros habéis hecho referencia: 'Amarás a tu Dios y amarás a tu prójimo'. Esto está escrito también en el lema de mi escudo episcopal: 'El amor de Dios me impulsa, me impele'. Esto es, se puede decir, la razón de ser de mi existencia.

"Y Uds. han querido recordármelo con mucha generosidad. Para decirme que los días que me quedan por vivir tengo que emplearlos con mayor generosidad aún; con mayor desvelo; con mayor entrega a esta causa del amor al hombre, del amor a Dios.

"¡Y no es fácil amar, mis queridos amigos, en estos tiempos!

"No es fácil amar.

"No es fácil, porque el hombre se ofusca tanto y, sobre todo, las pasiones políticas ocultan de tal manera los ideales humanos, que es difícil en este tiempo dar, servir y amar.

"Tenemos, eso sí, una enorme esperanza. Creemos que la norma que Dios nos diera y que es el ideal que llevamos en lo íntimo del alma, tiene una fuerza más grande que el odio. Y está llamado a cambiar las relaciones de los hombres y a reparar todas las injusticias.

"Por cada lágrima que nosotros debemos derramar en nuestra tarea de amor, yo pido al Señor, a nuestro Dios, que enjuge mil lágrimas de los otros que sufren injustamente la persecución, la discriminación, el odio del hombre que debería ser su hermano.

"¡Gracias, señores! Les agradezco desde el fondo del alma que me hayáis distinguido.

"Quisiera decir, por último, que esta distinción la considero como el más grande estímulo de todos los hombres, de todas las razas, de todas las naciones, a los cuales yo me siento deudor, porque tienen algo que pedirme y ellos sufren". (IDS, N° 66, mayo-junio 1972).

"Cristianos por el socialismo"

Por aquella época se consolidaron algunos movimientos de católicos, en su mayoría de Santiago, que apoyaban los cambios sociales que estaba gestando el gobierno triunfante de la Unidad Popular. Los más publicitados fueron la "Iglesia Joven", el "Grupo de los 80" que más tarde formarían los "Cristianos por el socialismo", quienes en conjunto o separadamente participaban en las acciones político-sociales que se llevaban a cabo en el país.

"La Iglesia Joven", que hiciera noticia en agosto de 1968 con la toma de la Catedral, era un grupo de laicos, mayoritariamente de obreros jóvenes y estudiantes que estaban apoyados por algunos sacerdotes y religiosos. El "Grupo de los 80" eran sacerdotes y religiosos que se sentían comprometidos con los obreros en sus intereses sociales y sindicales.

Planteaban una apertura y un diálogo con los partidos políticos de izquierda y utilizaban la dialéctica marxista como un camino para el estudio de las ciencias sociales y la política.

Aunque no pretendían llegar a una ideologización de la fe, los límites de la Doctrina Social de la Iglesia con la ideología eran tan sutiles que creaban confusiones en los recién iniciados en la conjunción de estos conceptos.

A los laicos no se les podía negar el derecho de partici-

par como militantes activos en los partidos políticos de distintas tendencias. La única limitación estaba en su conciencia de católicos para que las ideas políticas que sustentaban no estuvieran en contradicción con su fe. Por el contrario, el magisterio de la Iglesia pide al seglar que anime cristianamente las instituciones humanas que en sus objetivos y en sus medios buscan la justicia y la paz entre los hombres. Sin declinar de las enseñanzas evangélicas de la fe, del amor, y la no violencia, los católicos laicos tienen el deber de estar en las gestiones sociales y políticas.

El Señor Cardenal precisó con claridad meridiana su posición frente a este problema con los sacerdotes de su diócesis en una carta que le escribió al secretario del "Grupo de los 80" el 3 de marzo de 1972.

"Del estudio de este Documento he llegado a la convicción de que Uds. harán una reunión política... (para) lanzar a la Iglesia y a los cristianos en la lucha en pro del marxismo y de la revolución marxista en América Latina. La única solución que Uds. ven para liberar al hombre es —a juicio de Uds.— el marxismo. Como Ud. puede comprenderlo..., no me parece en absoluto adecuado patrocinar un encuentro de sacerdotes que están en una línea, que a mi juicio, no es la línea de la Iglesia y que afirman cosas y tienen actuaciones totalmente reñidas con expresas declaraciones del Episcopado Nacional.

"Creo que Uds., movidos por el gran deseo de liberar a nuestros pueblos de las estructuras opresoras, emprenden un camino que, a mi modo de ver, no es el mejor; que les hace renunciar de hecho a su cristianismo y que creo no aportará la esperada liberación.

"Comprendo la generosidad de Uds., participo plenamente del deseo de liberación de nuestros pueblos, que Uds. manifiestan, pero no comparto en absoluto la idea de escoger el marxismo como única solución para los problemas de nuestra América. Si bien es cierto que en la acción por liberar a nuestros pueblos puede haber muchos puntos de contacto con los marxistas, creo que es indispensable que los cristianos no renuncien a su cristianismo y aporten los valores espirituales que éste tiene, a esta lucha de liberación,

para conseguir que el resultado sea realmente el que se espera.

"Para los redactores del proyecto no hay otra fórmula de liberación que la 'revolución', y la 'revolución', así dicen, es una sola: 'La actual revolución en acto en muchos países de América Latina', a través de la ascensión al poder del proletariado, en la lucha de liberación de toda esclavitud y explotación social y económica.

"Hay, pues, una mentalidad en vía de marxización, que subraya una actitud clasista y una valoración demasiado economicista de la liberación humana.

"El hacer coincidir el compromiso en el 'proceso de socialización' con un programa determinado de 'socialismo' y el servicio de liberación a los 'pobres' y a la 'masa' con una lucha clasista del 'proletariado', es una simplificación del problema y de la realidad, superficial e impropia de una actitud cristiana y sobre todo sacerdotal.

"La posición que 'parece hacer imprescindible el recurso al instrumental (sic) de análisis del marxismo' cual es la dialéctica de la lucha de clases, lleva a dos conclusiones por otra parte subrayadas por la Conferencia Episcopal de Chile:

"Primera, que no son universalmente evidentes ni su validez científica como método sociológico ni su posible separación de la teoría marxista general o global; segundo, que la valoración marxista de la clase proletaria como portadora exclusiva del futuro de la humanidad, no coincide en modo alguno con la bienaventuranza evangélica de los pobres.

"El Papa Pablo VI nos dice: 'Si a través del marxismo, tal como es concretamente vivido, pueden distinguirse estos diversos aspectos y los interrogantes que ellos plantean a los cristianos para la reflexión y para la acción, sería ilusorio y peligroso, el llegar a olvidar el lazo íntimo que los une radicalmente, el aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con la ideología, el entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista, dejando de percibir el tipo de sociedad totalitaria y violenta a la que conduce este proceso'" (Cfr.: "El Pensamiento social...", págs. 232 a 234).

En julio de 1972 entregó algunas observaciones al documento de trabajo "Lucha de Clases y Evangelio" redactado para la reunión de aproximadamente "200 sacerdotes". Las conclusiones de dicha reunión fueron acogidas, sin aprobarlas, por el Episcopado Nacional como testimonio de lo que pensaba un grupo de sacerdotes, para incorporarlas a la documentación del Sínodo de los Obispos.

Entregamos algunos fragmentos de las observaciones del Sr. Cardenal a dicho documento de trabajo:

"En las cosas técnicas económicas, en la política social, en las tácticas y en las estrategias, la Iglesia no ejerce jurisdicción: esta elección le compete al ciudadano.

"El laico no debe determinar su actitud de acuerdo con los criterios del clérigo, ni asumir el sacerdote la dirección del laico imponiéndole los criterios que para él son obligatorios.

"El objetivo de la Iglesia es ordenar toda la vida social en esta materia, de acuerdo con los criterios de humanidad propuestos por Jesucristo. No somete al ciudadano a su poder u objetivo, sino que trata de modificar la existencia social según la ley inmanente de libertad, de justicia y de caridad. Es por medio de la iluminación de la conciencia del laico, como la Iglesia cumple su misión de que el reino social de Cristo penetre y se establezca en toda la esfera de la sociedad civil. No es reino de dominación, es reino de libertad.

"Por eso el cristiano introduce primero en el análisis de la situación una exigencia de racionalidad. No cualquier acción es oportuna. Hay que medir la proporción entre los daños que provoca la forma de lucha elegida y las posibilidades que ofrece de lograr construir realmente una sociedad más justa, más libre, más pacífica. Antes de tomar dicha opción, un estudio serio de la realidad es necesario. Sin esto, es criminal lanzarse y sobre todo lanzar al pueblo en la lucha. Las ciencias sociales proporcionan criterios de racionalidad que, en cierto modo, pueden canalizar y refrenar lo que toda lucha implica de irracional.

"Todo el análisis que se hace en la primera parte del Documento de trabajo, está hecho por un marxista. Tiene, pues,

la limitación que nace de una doctrina y de un dogma que se impone a la realidad misma. En muchos puntos está en abierta contradicción con la doctrina cristiana:

"No se define lo que es una clase social. Se establece como dogma que la lucha de clases nace de un determinismo histórico, en forma semejante a la doctrina liberal que hace nacer la lucha de clases de una necesidad económica natural. La solución propuesta por el Documento es la abolición de las clases llamadas opresoras (burguesía), y la instalación de una sociedad sin clases. Con esto, se acabará —a juicio del sociólogo que hizo el Documento— la injusticia social y la opresión de clases.

"La Iglesia, en cambio, a diferencia de los dos sistemas, el liberal y el marxista, hace radicar la causa de la oposición de las clases sociales, en las injusticias concretas nacidas del egoísmo. Para la Iglesia, el creer que por el hecho de cambiar las estructuras se acabarán las injusticias y las opresiones, es una utopía irrealizable. Si en el trabajo de Uds. no se ataca la verdadera causa del mal, se corre el riesgo de cambiar de una opresión a otra." (Cfr. op. cit. págs. 93 a 99; v. Documentos del Episcopado, Chile 1970-1973, N° 32, págs. 121 a 124).

Con el movimiento "Cristianos por el Socialismo" el Sr. Cardenal dialoga fraternalmente. Con suma paciencia y prudencia les hace ver cuáles son, a su juicio, sus objetivos como movimiento de seglares en el mundo. Pide con firmeza no confundir la acción política con el ministerio sacerdotal, aclarando que el sacerdote debe acompañar a los fieles en la búsqueda de la redención del proletariado a través de acciones concretas que en el pasado y en el presente numerosos sacerdotes ejercen en el campo de la educación laboral, en la reforma agraria, en la promoción de la sindicalización y especialmente en la conciencia social que todo cristiano debe tener de acuerdo a la Doctrina Social de la Iglesia, para cambiar las estructuras injustas que afligen al mundo de hoy, especialmente en nuestros países latinoamericanos.

Signo de contradicción

Estas controversias eran aprovechadas por los medios de comunicación que representaban los distintos bandos en pugna en el proceso político que se estaba gestando. La derecha desprestigiaba a la Iglesia, acusando a los sacerdotes, incluso a algunos obispos, de "curas comunistas". Por el otro lado la izquierda aplaudía a los llamados sacerdotes progresistas, descalificando a los otros como retrógrados.

En este clima de intolerancia ciudadana, el señor Cardenal Silva Henríquez también recibía calificativos de "cardenal rojo", "prelado ambiguo", "arzobispo reaccionario", de acuerdo a los intereses de los medios de comunicación social y de los políticos interesados en romper la unidad de la Iglesia.

Algunos actos de representación que cumplió el Cardenal fueron comentados de acuerdo a estos intereses. Entre otros, sus apariciones en público al lado del Presidente Allende en la conmemoración del 1º de Mayo, día de los trabajadores, o la fotografía en la recepción que se ofreció en La Moneda con motivo de la visita a nuestro país del Primer Ministro de Cuba, Fidel Castro.

Cuando recibió al Primer Ministro cubano en el Arzobispado, le envió a nombre del Episcopado chileno 10 mil Biblias y 5 mil Nuevos Testamentos, para los católicos de Cuba. El Papa Paulo VI lo felicitó por este gesto y lo ayudó con dinero.

Todos los sectores de la vida nacional estaban sufriendo los embates de una profunda división. El mundo de los obreros también estaba dividido y en la Central Unica de Trabajadores la lucha se tornó dramática y penosa al enfrentarse los obreros unos con otros en dos bandos irreconciliables.

El Sr. Arzobispo de Santiago, con fecha 29 de abril de 1973 envió una carta a la Juventud Obrera Católica (JOC) de Santiago fundamentando su inasistencia a la concentración de la CUT el 1º de Mayo:

"Con profundo dolor les manifiesto que este año no asistiré a la Concentración de la Central Unica de Trabajadores. En años anteriores lo he hecho, y lo habría seguido haciendo, porque con el gesto de mi presencia en la concentración

quería significar mi respeto a las personas de los trabajadores, y mi respaldo a los intereses colectivos de la clase obrera, en su lucha por una mayor dignidad, por respeto a sus derechos y por la justicia que involucra su deseo de participar como gestores en la conducción de sus empresas y en la vida del país.

"Este año no lo haré. Contemplo con angustia —tal vez la misma de Uds.— la división que se ha creado en el corazón del mundo obrero, llena de injurias y de odios, donde son lanzados obreros contra obreros. Esto no lo puedo aceptar. Como Obispo y como Pastor, debo ser más que nadie, el centro de unidad de mi pueblo. Mi presencia en la concentración tendería a radicalizar aún más esta división, y se daría una interpretación político-partidista, que nunca la aceptaré. Espero que mi gesto sea entendido, y abrigo la esperanza de que la unión y la solidaridad lleguen nuevamente al alma de nuestro pueblo, para que juntos celebremos un nuevo primero de mayo." (Cfr. op. cit., págs. 85 - 86.)

Una de sus intervenciones más interesantes y efectivas en ese período, es la defensa que el Sr. Arzobispo de Santiago hace de la educación particular frente al proyecto de la Escuela Nacional Unificada (ENU) del gobierno socialista. El diálogo del Cardenal y otros Obispos con las autoridades del gobierno permitió que el Ministro de Educación, Sr. Jorge Tapia Valdés, retirara el proyecto sobre la ENU, el 12 de abril de 1973. (Cfr. Documentos del Episcopado - Chile 1970 - 1973, N.os 51 y 52, págs. 155 a 158).

Los Obispos de Chile entre los años 1970 al 1973 publicaron cerca de treinta documentos sobre la situación social y política del país, los llamados al diálogo del Episcopado Nacional no fueron escuchados (V. "Documentos del Episcopado, Chile 1970 - 1973").

"Hablamos en una hora dramática para Chile"

El Cardenal llama a la cordura. Se quiere evitar una guerra civil. Conversa personalmente y por carta con los jefes de los distintos partidos políticos para evitar un derramamiento

de sangre entre hermanos. El día de la Virgen del Carmen, dirá:

“Hablamos en una hora dramática para Chile. Lo hacemos por ser fieles a Cristo y a nuestra patria. Hablamos en nuestra condición de obispos de la Iglesia Católica, porque creemos tener una obligación especial de hacer un llamado extremo para evitar una lucha armada entre chilenos. No representamos ninguna posición política, ningún interés de grupo. Sólo nos mueve el bienestar de Chile y tratar de impedir que se pisotee la sangre de Cristo en una guerra fratricida” (julio de 1973).

El diálogo era estéril. El Cardenal no podía hacer más. Su interpelación a la conciencia de los líderes políticos, si bien fue escuchado, no se tradujo en acciones concretas para lograr la paz tan anhelada.

El país estaba dividido, quebrado económicamente, paralizado por las huelgas de los transportistas. El desabastecimiento de alimentos provocaba angustias en la gran mayoría de los hogares de la nación. Todo este clima de violencia y odio se mantuvo por meses. El 11 de septiembre de 1973 cayó el gobierno del Presidente Allende, depuesto por una Junta Militar encabezada por el Comandante en Jefe del Ejército, General Augusto Pinochet Ugarte.

Dos días después del pronunciamiento militar, el Comité Permanente del Episcopado hacía un acto de fe en el nuevo régimen solicitando “moderación frente a los vencidos. Que no haya innecesarias represalias”, clamaban los obispos.

Confiaban en “la cordura y el patriotismo de los chilenos, unidos a la tradición de democracia y de humanismo de nuestras Fuerzas Armadas (que) permitirán que Chile pueda volver muy luego a la normalidad institucional, como lo han prometido los mismos integrantes de la Junta de Gobierno y reiniciar su camino en la Paz”. Firmaban esta Declaración los Sres. Obispos miembros del Comité Permanente encabezados por el Sr. Cardenal Silva, quien era en esa fecha su Presidente. (Cfr. “Documentos del Episcopado, Chile 1970-1973”, pág. 174).

El 16 de septiembre habla por cadena de televisión reite-

rando sus llamados a la fraternidad entre los hijos de una misma tierra:

"Vuestro Pastor sólo quiere servir a todos, muy especialmente a los pobres, a los humildes, a los que sufren; si logra enjugar una lágrima, mitigar un dolor, aunque esto sea a costa de grandes incomprensiones, se sentirá feliz. Sólo quiere amar y servir: humildemente pide para esta su actitud, comprensión y respeto.

"Que la Madre de Jesucristo y Madre de Chile, nos obtenga de El la justicia y la paz. Que el Señor ilumine con su gracia a nuestros gobernantes, para que cuanto antes consigan, como lo han expresado, que la normalidad institucional se restablezca y todos los chilenos nos sintamos verdaderamente hermanos" (Cfr. "El pensamiento social...", pág. 184).

El 18 de septiembre, día de la Patria, pronuncia una sentida "Oración por Chile" y los caídos en esa trágica semana.

Nos recuerda la historia de la Patria desde los albores de la Independencia. Nos insta a reconstruir una Patria con los valores indelebles de nuestra nacionalidad.

"Ser fieles a este don de Dios, significa acrecentar en los chilenos y para Chile la verdadera libertad; luchar para hacerla patrimonio de todos; impedir que valores, costumbres o poderes extranjeros nos hagan olvidar lo que es nuestro, y nos sometan a un yugo que se nos haría insoportable y que nos privaría de todo lo que nos pertenece, y que constituye la más preciada herencia y el acervo de lo que llamamos la chilenidad.

"Junto a nuestro amor a la libertad, existe en nosotros el amor y el respeto a la ley. Hemos creído que ella constituía la mejor salvaguardia de nuestra libertad y el mejor estímulo de nuestro desarrollo. Hemos respetado la ley, y cuando ha dejado de ser justa o eficiente; la hemos trocado por otra mejor. Hemos preferido el orden al desorden, la autoridad a la anarquía, el diálogo a la imposición, la justicia a la violencia, el amor al odio. En toda autoridad hemos reverenciado la persona y la investidura, acatando sus legítimas decisiones, sin renunciar al derecho —también legítimo— de sentir de otra manera". (Oración por Chile y los caídos, el 18 de septiembre de 1973).

La Vicaría de la Solidaridad

Sus palabras de justicia y paz en los primeros días del Gobierno militar se traducen en acciones de defensa de los derechos humanos. Para restablecer la paz y para ayudar a resolver los casos conflictivos derivados de la situación que se vivía en aquellos terribles momentos, se constituyó una institución multiconfesional denominada Comité Pro Paz que con el socorro de la Iglesia apoyó desde el primer momento a los detenidos, a los exiliados, y ayudó a buscar los desaparecidos que en muchas ocasiones habían caído muertos en los enfrentamientos.

Disuelto el Comité Pro Paz, el Arzobispado de Santiago a través de la Vicaría de la Solidaridad no cejó en su empeño para seguir ayudando a los presos políticos, a los exiliados, y apoyando a los familiares de los detenidos desaparecidos y a los deudos de los numerosos muertos, de los cuales nunca se hubiese sabido si no es por las indagaciones de los vicarios de la solidaridad y el abnegado grupo de defensores de los derechos humanos que trabajan en esta Vicaría.

La Vicaría de la Solidaridad también se preocupa de los cesantes a través de diferentes acciones que van desde la ayuda directa, hasta la implementación de talleres para que trabaje el número cada vez más creciente de desocupados por la crisis económica.

El Cardenal ha sido, durante todo este período, blanco de las críticas, de las amenazas, incluso de los desmanes contra su hogar y la sagrada tumba de sus progenitores en Talca, probablemente porque es el Pastor de la arquidiócesis más grande de Chile y la que tiene más problemas con los detenidos, desaparecidos y el pueblo que sufre. Sin embargo otros obispos de Chile no han sido ajenos a los desmanes de los violentistas que en agosto de 1976 atacaron a un grupo de Pastores de la Iglesia chilena con piedras e insultos en el aeropuerto de Pudahuel, cuando regresaban de una reunión de Obispos latinoamericanos en Riobamba.

Este atentado fue denunciado por el Comité Permanente del Episcopado, el que protestó "con indignación por lo sucedido en el Aeropuerto de Pudahuel y (los Pastores firmantes) con-

denaron a quienes agredieron de hecho a los Obispos”.

Pero los Pastores del Pueblo de Dios no se amedrentan porque sufren la violencia por predicar la justicia.

“Tal como lo expresara recientemente el Santo Padre, la Iglesia no puede permanecer indiferente ante el dolor de quienes reclaman, con legítimo derecho, alguna noticia sobre el paradero o supervivencia de familiares desaparecidos.

“Con independencia de cualquier móvil ajeno a la fe en el Evangelio, la Iglesia de Santiago ha procurado acoger, con respeto y comprensión, el clamor de los que sufren, y ha querido colaborar en la búsqueda de alguna respuesta a sus justas demandas.

“Sería lamentable y contrario a los fines de reconciliación nacional que inspiren a la Iglesia, el que esta actitud de servicio fuera instrumentalizada en términos de una acción política.” (Declaración del Arzobispado de Santiago, 31 de mayo de 1978).

En otra declaración CPE se refiere al mismo problema:

“Desde hace largo tiempo y en numerosas oportunidades, los Obispos de Chile nos hemos hecho cargo de la dolorosa situación de ciudadanos detenidos y desaparecidos, sin que familiares suyos obtengan información sobre su paradero o existencia.

“Hemos planteado esta situación en gestiones y documentos, tanto públicos como privados. Particularmente en nuestro Mensaje denominado ‘Nuestra convivencia nacional’ (marzo de 1977), solicitamos el definitivo esclarecimiento de la suerte de cada uno de los desaparecidos: sin lo cual —dijimos— ‘no habrá tranquilidad para sus familias, ni verdadera paz en el país, ni quedará limpia la imagen de Chile en el exterior’.

“Las manifestaciones que desde hace dos semanas conmueven a la opinión pública nacional y mundial —se refieren a la huelga de hambre de las esposas, madres y otros familiares de los detenidos desaparecidos— testimonian que dicho esclarecimiento sigue siendo un imperativo moral”. (Declaración Comité Permanente del Episcopado, Santiago, 6 de junio de 1978.)

Dos Papas para la paz Chileno - Argentina

El domingo 6 de agosto de 1978, en forma inesperada, moría Paulo VI. En dos meses más habría cumplido 81 años, pero estaba en pleno uso de sus facultades. Cuatro días antes instaba a los fieles a escuchar la voz de Cristo en un mundo que nos confunde con "el estruendo de voces que quisiera atraer nuestra atención". El Santo Padre fue la Voz de Cristo en la Tierra. El guió al Concilio Vaticano II con mano firme de Pastor Universal por los caminos de un mundo contradictorio.

Su voz se ensanchó desde distintas partes del mundo: Tierra Santa, Filipinas, Colombia, la sede de la ONU en Nueva York.

Grandes Encíclicas suyas se escuchan hoy nítidamente, como una voz siempre nueva: *Populorum Progressio*, *Ecclesiam Suam*, una magnífica carta apostólica Octogésima *Adveniens* y la exhortación, *Evangelii Nuntiandi*.

Se preocupó de unir a las Iglesias separadas a través de los primeros diálogos fraternales, después de siglos de separación.

En los Sínodos de los Obispos que convocó, se preocupó de los problemas de nuestros países que sufren el hambre y la violencia. Alentó a los Pastores de las Iglesias del Tercer Mundo para continuar la dura labor en sus diócesis. Sus viajes a América Latina, Africa y Asia, fueron un testimonio de Paulo VI de ser la voz de Cristo entre los pobres del mundo.

Don Raúl Silva Henríquez, como Cardenal de Chile, debía viajar para cumplir con el doloroso deber de rendir el postrer homenaje al Santo Padre y luego ingresar al Cónclave para elegir el sucesor del Vicario de Cristo.

Fue elegido Juan Pablo I, el Papa que conquistó al mundo con su amplia sonrisa de hombre sencillo y optimista. Su Santidad provenía de una familia de esforzados obreros del norte de Italia. El mismo dijo "no tengo la sabiduría de Juan XXIII ni la preparación intelectual de Paulo VI". Tenía el candor y la sencillez del hombre de Dios que amaba, como sus antecesores, a los hombres a través de Cristo. Tenía en su sonrisa el gesto de paz y bondad.

Los Obispos de Chile y Argentina, frente a las tensas relaciones por el problema del Beagle, le solicitaron primero a S. S. Juan Pablo I que mediara por la paz entre los hermanos de estas dos naciones que tienen un destino común en América.

El 18 de septiembre de 1978, el Sr. Cardenal Silva en el Te Deum de la Catedral de Santiago, ruega por la paz entre los dos países: "En esta hora de esperanza, no dudemos en confiarle a Dios, nuestro Padre común, esta causa, esta urgencia de fraternidad chileno-argentina".

Treinta y tres días duró el reinado de Juan Pablo I y el mismo día —el 29 de septiembre de 1978— en que debía hacerse pública una carta suya a los Obispos de Argentina y Chile, dejaba este mundo para volver al Padre Dios.

"Esa carta suya —dijo el Cardenal Silva— cobra hoy para nosotros todo el valor y compromiso de un testamento de paz. Cumplirlo fielmente será nuestro mejor homenaje al Pastor, al Padre, al amigo en Cristo a quien todos lloramos."

La carta póstuma dice en un párrafo: "Es necesario crear un clima generalizado en el que, depuesta toda actitud belicosa o de animosidad —entre Argentina y Chile—, prevalezcan las razones de la concordia sobre las fuerzas del odio o de la división, que sólo dejan tras de sí huellas destructoras".

En tan corto tiempo, Monseñor Silva Henríquez volvía a la Ciudad Santa para honrar al Santo Padre en sus exequias.

El Cónclave Cardenalicio eligió a "un hombre de un país lejano", el Sr. Arzobispo de Cracovia, Polonia, Cardenal Karol Wojtyla, quien tomó el nombre de su antecesor. Era Juan Pablo II, quien heredaría del Papa de la sonrisa, para Chile y Argentina, el título de Augusto Mediador por el conflicto del Canal del Beagle.

Juan Pablo II en Puebla

Uno de los actos más importantes en los primeros días de su pontificado, fue la visita a México con motivo de la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano

que se efectuó en Puebla en enero de 1979. Allí se revisaron las conclusiones de la Conferencia de Medellín, promulgadas hacía diez años. Los Obispos de nuestro continente escucharon nuevamente reunidos el clamor del Pueblo de Dios a través de la oración y del diálogo.

Escucharon el clamor del Espíritu que procede de Dios y que también viene de su pueblo peregrino por la historia.

El Santo Padre, como Vicario de Cristo, nos dio una esperanza en la evangelización de nuestra América Latina al asistir personalmente a Puebla. Desde allí habló a nuestro continente que constituye casi la mitad de la Iglesia Universal.

“Hemos de confesar a Cristo ante la historia y ante el mundo con convicción profunda, sentida, vivida —dijo el Santo Padre—. De vosotros, Pastores, los fieles de nuestros países esperan y reclaman ante todo una cuidadosa y celosa transmisión de la verdad sobre Jesucristo”. “No hay evangelización verdadera —citó a Pablo VI— mientras no se anuncie el nombre, la vida, las promesas, el Reino, el misterio de Jesús de Nazareth, Hijo de Dios”. (Cfr. Mensaje 277, página 93 y ss.)

Simposio de los Derechos Humanos

Entre los días 22 y 25 de noviembre de 1978, el Arzobispado de Santiago fue anfitrión del Simposio Internacional “La Iglesia y la Dignidad del Hombre: sus Derechos y Deberes en el Mundo de Hoy”.

Asistieron personalidades de todo el mundo. Entre los más destacados que firmaron el documento llamado “La Carta de Santiago de Chile” figuran: el Cardenal Arns, Arzobispo de Sao Paulo; el Sr. Theo van Boven, Director de la División de Derechos Humanos de las Naciones Unidas; el Sr. Martin Ennals, Secretario General de Amnistía Internacional; el Pastor Sr. José Míguez Bonino, co Presidente del Consejo Mundial de Iglesias; el Rvdo. William P. Thompson, Presidente del Consejo Mundial de Iglesias de Estados Unidos; el Sr. Niall Mac Dermont, Secretario General de la Comisión Inter-

nacional de Juristas y el Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago Don Raúl Silva Henríquez.

"En la carta exhortan a los creyentes del mundo entero a unirse en un esfuerzo común de oración y acción, de modo que, impulsados por la fe, busquen valerosamente la verdad y la justicia y realicen un renovado esfuerzo por recrear la solidaridad de los grupos, pueblos y naciones".

Llaman a todos para defender los derechos y dignidad del hombre.

Piden "a los gobernantes de las naciones que ejerzan su poder en servicio de los derechos humanos".

Apelan "a la conciencia de los pueblos para recordarles que la paz sólo puede construirse sobre la base de la justicia.

Premio por la defensa de los Derechos Humanos en la ONU

El 11 de diciembre de 1978, en la Gran Sala de la Asamblea General de las Naciones Unidas que se encontraba repleta de los miembros de 150 naciones del mundo en una solemne ceremonia, diversas personalidades e instituciones fueron premiados por defender los Derechos Humanos: el Príncipe Ali Khan; Coretta Scott King, viuda de Martin Luther King; Helen Suzman, la heroica luchadora en contra de apartheid sudafricano; Amnistía Internacional, la joven institución que defiende los derechos humanos en distintos lugares del mundo. El último en recibir el galardón fue el Cardenal Arzobispo de Santiago representando a la Vicaría de la Solidaridad quien acudió a la sede de ONU acompañado del Vicario Monseñor Cristian Precht y del Secretario Ejecutivo Sr. Javier Luis Egaña.

Una cerrada ovación recibió al Pastor de la Iglesia de Santiago de Chile y un breve discurso de agradecimiento vibró en el amplio recinto. Un chileno **reivindicaba** el orgullo de la patria en la sede de las Naciones. La Iglesia y la patria se unían en los Derechos de los Hombres.

Recordó a Paulo VI, quien 13 años antes habló en la Sede con motivo del vigésimo aniversario de ONU. En aquella oportunidad, el Papa proclamó que la alta institución inter-

nacional era la depositaria de los valores morales de la humanidad y la última esperanza de concordia y de paz.

Quedaron resonando estas palabras que se repetían por segunda vez en el gran hemicíclo: "Tenemos conciencia de hacer nuestra, tanto la voz de los muertos caídos en las terribles guerras del pasado, como la voz de los vivos, que condenan en sus corazones a quienes intentaron renovarlas. Hacemos también nuestra la voz de los pobres, de los desheredados, de los que aspiran a la justicia, a la dignidad de vivir, a la libertad, al bienestar y al progreso". (Pablo VI, Discurso en la ONU.)

Los conceptos del honesto ciudadano y del buen cristiano los entregó nítidos nuestro Cardenal al hablar del Padre de nuestra nacionalidad, don Bernardo O'Higgins, quien instaba a "cuidar que todos los derechos sean realmente garantidos, porque de otro modo vacila la autoridad, la seguridad; y todos los fundamentos de la sociedad y la prosperidad se conmueven y se anulan". (Ses. de los Cuerpos Legislativos, T. 6, pág. 28.)

Visita Ad Limina

El 13 de octubre de 1979, los Obispos chilenos acudieron a la visita "Ad Limina Apostolorum". El Santo Padre tuvo un cordial diálogo con los Pastores chilenos. En esa ocasión, Juan Pablo II los alentó respaldando la labor realizada por el Episcopado Nacional.

Semanas más tarde, el 4 de noviembre, fiesta de San Carlos Borromeo, el Papa recordó la visita de los Obispos chilenos, en el encuentro con los fieles en la Plaza de San Pedro. En su alocución, el Santo Padre dijo:

"Después de haber hablado de Argentina, deseo dedicar hoy el recuerdo a los Obispos de Chile y a la Iglesia de ese país.

"En Chile, que cuenta con casi 10 millones y medio de habitantes, la Iglesia tiene una estructura articulada en 24 circunscripciones.

"Los prelados han venido todos juntos a la visita Ad Limina: desde los que desarrollan su ministerio en las áridas tierras

tropicales del Norte, a los de las regiones meridionales, hasta Punta Arenas, donde tiene su sede la diócesis más austral.

"Son múltiples y evidentes los signos de la vitalidad creciente de la Iglesia, como consecuencia del impulso recibido de esos Obispos; en las audiencias mencionadas he podido apreciar con gran satisfacción a algunos de ellos, que merecen relieve especial.

"Ante todo, el espíritu de fraternidad cristiana en el seno de su pueblo por el que ellos se comprometen a fondo según el espíritu de su misión de padres y pastores; la múltiple ayuda que prestan a cuantos se encuentran en dificultad; al dinamismo que caracteriza a la catequesis en toda la estructura de la comunidad eclesial; la creciente conciencia del laicado por la responsabilidad que lo distingue en el desarrollo cada vez más pleno y vigoroso de la misión de la Iglesia. Pero sobre todo quiero referirme al aumento de las vocaciones sacerdotales y religiosas un hecho tanto más significativo e importante para las Iglesias particulares de un país donde el clero diocesano depende, en parte considerable de la ayuda del exterior, y donde los sacerdotes religiosos provenientes del extranjero superan a los nacionales. En esta floración me agrada reconocer un signo de la Providencia del Señor que, bendiciendo la pastoral vocacional desarrollada intensamente por las diócesis y los institutos religiosos, conduce a las Iglesias de Chile a esas condiciones normales en las que ha de desarrollarse su vida y su obra.

"A la oración que se eleva en Chile, uno la mía y la vuestra para que el Señor, por intercesión de María, bendiga a esa nación, a sus Pastores, a sus colaboradores y a todos los queridísimos fieles."

En los días que mediaron entre la visita Ad Limina y el recuerdo que hizo el Santo Padre de su conversación con los Obispos de Chile, otra noticia se agregaba a la anterior tan profusamente difundida por la prensa nacional.

Otro premio por la defensa de los Derechos Humanos

La nueva noticia venía desde Austria. El Cardenal Raúl Silva Henríquez recibió el Premio "Fundación Bruno Kreisky", jun-

to a siete personalidades mundiales, por su defensa de los derechos humanos.

Se le otorgaba este premio internacional al Sr. Arzobispo de Santiago por su "valerosa acción de reconocimiento de los derechos humanos y su preocupación por el destino de los presos políticos y desaparecidos de su país; la Vicaría de la Solidaridad ha constituido el instrumento fundamental de esta acción, consigna la fundamentación del premio, y destaca, además, "las presiones en favor del reconocimiento de los derechos sindicales, la creación de comedores infantiles, la movilización de jóvenes contra el peligro de la guerra y el simposio internacional sobre derechos humanos, organizado bajo el auspicio del Cardenal en noviembre de 1978, constituyen algunos de los principales hitos de la obra en favor de los derechos humanos".

La ceremonia de entrega de los premios se efectuó en Viena el 19 de octubre de 1979 y fue presidida por las autoridades del gobierno austríaco. Asistieron representantes diplomáticos de distintos gobiernos, representantes de diversos organismos internacionales y autoridades de diversas iglesias cristianas.

Al recibir el galardón, el Sr. Cardenal pronunció un discurso de agradecimiento citando la declaración de los Obispos en Puebla y el reciente discurso del Papa Juan Pablo II en la OEA, sobre la paz y los derechos humanos.

Señaló los esfuerzos que hacen "todos los hombres buenos y amantes de sus patrias que existen en nuestro continente.

"Hombres conscientes de que lo más noble, precioso y amable de la Patria es la vida y los derechos de cada uno de sus habitantes; en especial, de los más débiles de la Sociedad. En este espíritu, es de justicia reconocer el trabajo de los hombres que en mi país se han esforzado por mejorar la situación que en él impera."

Terminó agradeciendo al canciller Bruno Kreisky y al pueblo austríaco por su defensa de los derechos humanos.

Por último, dijo: "Agradezco especialmente al Señor de la Historia, porque el humilde trabajo realizado por la Iglesia de Santiago de Chile ha podido servir en mi Patria y fuera de ella, para mejorar la condición de tantos hermanos nues-

tros que, en situaciones muy diversas, claman por sus derechos y libertades”.

El premio “Fundación Bruno Kreisky” es el tercer reconocimiento internacional que el Sr. Cardenal recibe por su defensa de los derechos del hombre. En páginas anteriores ya destacamos la distinción del Congreso Judío Mundial (4 de diciembre de 1971), y el premio de la Asamblea General de la ONU (11 de diciembre de 1978).

Otras distinciones ha recibido el Señor Cardenal Silva por su afán de justicia y de paz entre los hombres: la de la Universidad de Yale en USA; la de la Universidad de Notre Dame en USA; la de la Universidad de Panamá; las de los gobiernos de Alemania, Portugal, Perú, Santo Domingo y Bélgica.

En la Academia Chilena de la Lengua

Además, el 13 de agosto de 1979, la Academia Chilena de la Lengua lo distinguió por otros conceptos como “Miembro Honorario” de la Docta Corporación.

Al recibirlo, el académico y poeta don Roque Esteban Scarpa pronunció un hermoso discurso.

“En el origen de vuestra vocación —dijo don Roque—, de vuestra entrega a un llamado íntimo que el Señor os hizo, existió esa misteriosa calidad que Gabriela Mistral denominó “la pasión del pobre” y que ella veía iluminar el Evangelio... Dios y el pobre se conjugaron en vuestro corazón... La doctrina social de la escuela cristiana tiene que ser democrática, porque el Evangelio está lleno de la pasión del pobre...”

El Señor Cardenal agradeció a la Academia y al señor Roque Esteban Scarpa su designación como Miembro Honorario, recordando a los dos Premios Nóbel de nuestra literatura. A Gabriela Mistral, por su hermoso aporte literario a la poesía cristiana y su amor por los pobres. De Pablo Neruda dijo: “Y ahora quisiera recordar con cariño la amistad que me ligó con el poeta en sus últimos días. Fui a visitarlo (desde Punta de Tralca) varias veces en su lecho de dolor en Isla Negra, y él me regaló un poema con estas palabras: “Aquí hay un:

pequeño poema sobre una iglesita francesa. A nuestro Cardenal Raúl Silva Henríquez, con la amistad de su vecino, Pablo Neruda”.

El Pastor leyó frente a la Docta Corporación Chilena el hermoso poema, expresión del alma de un poeta nuestro que buscó a través de la palabra poética la trascendencia, la esencia del hombre, y su verdad.

“Es tarea de cristiano ver la luz dondequiera se encuentre, apreciar la belleza aún en las obras alejadas de la ortodoxia y destacar los valores perennes de toda poesía —dijo Don Raúl Silva, y concluyó—: “Ciertamente es el caso de muchos poemas de Pablo Neruda”.

En el recogimiento de la Asamblea, el nuevo miembro de la Academia Chilena de la Lengua, elevó un cántico de esperanza en Dios al leer el Salmo 108 y algunos versos de Gabriela Mistral.

El XI Congreso Eucarístico Nacional

Se abre el año 1980 con una esperanza de unidad de los católicos chilenos a través de la comunión. Es el Congreso Eucarístico Nacional que reviste características especiales en esta oportunidad. El Congreso irá creciendo con los días en el corazón de los cristianos, para ocupar todo el año en el pensamiento eucarístico.

El Pastor nos invita a participar. Nos dice con su palabra y con su ejemplo cotidiano, que la acción del cristiano tiene una fuente inagotable: la palabra de Dios, la oración, la devoción a la Santísima Virgen María y, especialmente, la Eucaristía como medio de acercarse a Dios y a los hombres.

El Congreso Eucarístico pasea al Cristo Peregrino por todos los hogares. A través del Evangelio se invita al diálogo entre los hermanos y al diálogo con Dios; a través de la Eucaristía se busca la unidad de un pueblo en el amor de Dios, para prodigarlo entre los hombres, todos hermanos, hijos del mismo Padre.

La Iglesia Chilena realiza un esfuerzo supremo para unir a

través del XI Congreso Eucarístico Nacional a los cristianos y también a la comunidad nacional.

El lema "No teman: Abramos las puertas a Cristo", se escucha a lo largo de todo el país.

En la Iglesia de Santiago se mueven especialmente la juventud y las mamás catequistas con el Cristo Peregrino de hogar en hogar. Se empieza por evangelizar la ciudad, se quiere construir una civilización en los firmes cimientos de la verdad evangélica.

Se quiere evangelizar la cultura, las culturas en una ciudad donde el amor tenga un denominador común. Así, la pastoral de la ciudad proclamará una civilización del amor.

Se va con el Cristo Peregrino a los campos, a otras ciudades, pueblos y aldeas. Se evangeliza para llegar a la unidad de los cristianos.

Los jóvenes chilenos y argentinos, por esos días se vuelven a reunir para pedir por el amor y la paz del Cristo Redentor.

Mientras el Señor Cardenal Raúl Silva participó en Mendoza en la clausura del "Congreso Mariano Nacional" en octubre de 1980, el Sr. Cardenal Raúl Primatesta, Presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, a pedido de los Obispos de Chile, es nombrado delegado papal en la culminación del "XI Congreso Eucarístico Nacional de Chile" en noviembre de 1980.

Veinte años como Arzobispo de Santiago

El 24 de junio de 1981, el Pastor de la Iglesia de Santiago celebró 20 años de Arzobispado con una ceremonia religiosa en la Iglesia Catedral, repleta de fieles que lo aclaman por su fidelidad a Cristo.

Los Obispos auxiliares, los canónigos del Cabildo Metropolitano, los Vicarios, numerosos sacerdotes diocesanos y religiosos, los diáconos y los representantes de todas las expresiones vivas de la "inmensa familia de Dios", acompañaron al Sr. Cardenal en este gran acontecimiento en una liturgia eucarística inolvidable.

Veinte años de gobierno de la diócesis invitaban a una reflexión para hacer un balance del tiempo transcurrido. No fue necesario que lo hiciera el homenajead. Por él lo hicieron en el momento de las ofrendas los fieles de la Iglesia de Santiago, que entregaron sencillos, pero significativos recuerdos a su Arzobispo:

Los niños de la Aldea SOS que él abrió en Punta de Tralca como parte de una gran organización mundial que atiende a los niños abandonados. Esos niños que cariñosamente llegan hasta él en sus paseos y meditaciones por la Casa Ejercicios y le abren los brazos como al padre bondadoso y le dicen el "tío Cardenal". Esos niños, también representan a todos aquellos jóvenes, adultos y ancianos que llegan durante todo el año a disfrutar de la naturaleza en forma sencilla, sin grandes medios, en lo que fuera el antiguo Seminario Pontificio y hoy es Casa de Ejercicios y lugar de reposo;

la Pastoral Juvenil que en los últimos años ha crecido en la arquidiócesis con una fuerza que sólo el Espíritu puede alentar. Los jóvenes que se esfuerzan por construir una verdadera Civilización del Amor en nuestra Patria, a través de la oración y el testimonio de llevar a Cristo a una sociedad más justa;

la Pastoral Universitaria que se esfuerza con mantener a Cristo vivo en las aulas de todas las Universidades e Institutos Superiores con una valentía que sólo el amor a Cristo como Divino Maestro los puede inspirar;

la Vicaría de la Pastoral Obrera que, a pesar de sus múltiples dificultades en la hora presente, tiene la fuerza para proclamar el Evangelio entre sus hermanos, ayudarlos solidariamente y estar siempre en oración a través de su trabajo como lo hacía José, el Carpintero de Nazaret;

los colegios católicos, que han madurado su fe a través de la catequesis y del trabajo comunitario. Comunidades cristianas de alumnos, de padres de familia, de profesores que trabajan unidos en una expresión de la familia de Dios que es la Escuela Católica;

los campesinos trajeron su ofrenda en productos de la tierra. Numerosos trabajadores del campo que hoy son dueños de sus predios gracias a la Reforma Agraria iniciada por

el Cardenal, cuando recién se hizo cargo de su diócesis; los intelectuales que en la Academia de Humanismo Cristiano y en otras obras de desarrollo social, buscan hacer carne la Doctrina Social de la Iglesia en las obras de bien común que ha iniciado el Arzobispado;

la Vicaría de la Solidaridad, que sin duda es la más alta expresión del lema episcopal del Pastor: "La Caridad de Cristo nos apremia"; la Vicaría más controvertida, la más vapuleada y la más premiada obra del Arzobispo de Santiago de Chile, que es como el "signo de contradicción" que representa la figura del Pastor que lucha con espíritu denodado por los derechos humanos;

los catequistas, que en los últimos tiempos han cobrado nuevos bríos con la participación de los padres de familia para la preparación a los sacramentos. Los catequistas son cristianos profundos y estudiosos, capaces de transmitir el mensaje del Evangelio con palabras sencillas de acuerdo con su medio. Son los grandes formadores de las comunidades cristianas de base;

Conferre, la Confederación de los Religiosos y Religiosas que el Sr. Cardenal ayudó a formar cuando aún no era Obispo y que coopera abnegadamente en el trabajo pastoral, en las parroquias, colegios y otras obras sociales en forma práctica y a través de la oración eficaz;

los esforzados curas párrocos y los diáconos que mantienen la unidad fundamental del Pueblo de Dios en la diócesis;

la Familia Salesiana, a la cual pertenece el Cardenal, que estuvo representada por sus tres ramas primigenias: los Salesianos, las Hijas de María Auxiliadora y los Salesianos Cooperadores. Momento emotivo fue éste, cuando el anciano Padre Oscar Valenzuela le entregó a su ex discípulo del Seminario la carta que escribiera recomendándolo para que formulara sus votos religiosos;

los Vicarios, que son los impulsores de la intensa labor pastoral de la Iglesia de Santiago, los colaboradores inmediatos en los lugares más difíciles de su acción apostólica;

los abnegados colaboradores del Cardenal que mantienen en su casa ese ambiente de hogar que se percibe cuando se ingresa a la sobria casa de los Arzobispos de Santiago, por-

que, como él dice, a imitación del Hijo del Hombre, este Pastor no es dueño de su morada;

los familiares del Sr. Cardenal lo abrazaron efusivamente y, sin duda, agradecidos del Señor por tener en su familia un hombre que ha marcado un período importante en la historia de la Iglesia Chilena y en los anales de los hombres ilustres de la patria.

El balance de esa noche de la fiesta de San Juan Bautista, fue de frutos abundantes. Un pueblo que aclamaba a su Obispo a través de todas las obras que él realizó en toda una vida consagrada al Señor y a los hombres.

Sus palabras emocionadas fueron: "Nada de lo que se ha hecho, nada se habría podido hacer sin la inmensa generosidad de miles de personas que han querido trabajar en la viña del Señor, que han querido dar un testimonio de amor a sus hermanos. ¡Gracias, hermanos míos! Yo recibo los aplausos de multitudes, pero son ustedes los que han hecho que la familia de Dios en Santiago de Chile esté más unida; que la familia de Dios en Santiago de Chile se sienta más hermanada; que la familia de Dios en Santiago de Chile vaya buscando con amor, con perseverancia, con fuerza, la justicia y la paz. ¡Gracias!

"Quiero terminar pidiendo a mi Señor que bendiga a todos; que bendiga, en primer lugar, a los que no nos comprenden; que bendiga a los pobres y a los humildes y que bendiga a todos los colaboradores que El me ha dado. Por ellos se ha hecho algo; sólo por ellos. ¡Gracias, Señor!"

Esperanza de la Iglesia: los jóvenes

Al terminar estos apuntes biográficos del octavo Arzobispo de Santiago de Chile, reseñaremos dos acontecimientos que son la esperanza de una Iglesia joven, vigorosa y valiente.

Las vocaciones sacerdotales en el Seminario de Santiago han aumentado sostenidamente año a año, después de un período de crisis. Por este motivo, se debe habilitar un nuevo Seminario. El 25 de marzo de 1982 se inauguró la hermosa

capilla del nuevo Seminario para dar cabida a 140 futuros sacerdotes que hoy existen para Santiago.

El día de la fiesta de Pentecostés de 1982 comenzó la "Misión Joven" en todo Chile.

Con el lema "Ven y Sígueme", la Iglesia de Santiago llama a la juventud a recibir al Señor de la Paz en su corazón, con las palabras de Justicia y Amor que El pronunció cuando llamó a sus discípulos.

Pese a la suspicacia de algunos sectores, la "Misión Joven" es todo un éxito en el conocimiento de la juventud de los valores del Evangelio; en la fuerza de la oración; en el sentido comunitario; en la solidaridad con el hermano necesitado; en el aliento espiritual que es la Eucaristía y los Sacramentos.

"El Santo Padre miró la 'Misión Joven' no desde un punto de vista político, sino religioso, que es el que ella tiene y le pareció extraordinariamente valiosa. Por eso él la ha aplaudido —declaró el Cardenal en una entrevista, y agregó— Creo que la gente que piensa de otra manera a la larga se va a dar cuenta de que está en un error".

Este 27 de septiembre de 1982, nuestro querido Arzobispo de Santiago, su Eminencia el Cardenal Raúl Silva Henríquez cumple 75 años. De acuerdo al decreto conciliar "Christus Dominus", promulgado por Paulo VI, se fija en 75 años la edad máxima para el ejercicio del episcopado. Esta norma fue expresada por los Padres Conciliares en el Concilio Vaticano II. Por este motivo, el señor Cardenal presentará al Papa Juan Pablo II su renuncia al Arzobispado de Santiago. El Santo Padre puede aceptarla inmediatamente o dilatar su aceptación.

Sin embargo, en sus funciones como consejero y elector del Papa, sigue hasta los 80 años, según el derecho eclesiástico vigente. El título de Cardenal como dignidad eclesiástica es vitalicio.

En esta perspectiva, nuestro Arzobispo se despide en su Carta a los Jóvenes de Santiago:

"Me he extendido ya largamente para presentarles a Jesús, el Señor. No serán muchas las palabras que, como Pastor de

la Iglesia de Santiago, les podré dirigir en el futuro. Siento que 'estoy terminando una carrera y esperando la corona de la vida'. Por eso mis palabras hoy día son las de un padre.

"Hijos míos: no rehúyan el llamado del Maestro a caminar con El. No pregunten por qué ni a dónde los llama. Corran con El la aventura de la fe. Experimentarán que nada hay, fuera de El, que les entregue esperanzas y salvación duraderas. Acérquense al Señor en los sacramentos y escúchenlo en la oración para que por sobre todas las cosas sean capaces de un amor sin límites. Amen sus propias vidas juveniles donde Dios habita. Amen a los demás jóvenes que abrigan tantas esperanzas en ustedes. Amen a sus padres y familiares y tengan para ellos actitudes de comprensión y de perdón. Amen a la Iglesia y a sus Pastores y ayúdenla para que sea fiel al Evangelio. Amen a la humanidad y al mundo y háganse servidores y constructores del Reino. Pero para poder amar con la intensidad necesaria, no olviden de amar al Señor con todo el corazón, con todas las fuerzas y con toda el alma.

"Que la Virgen María, Madre de los Jóvenes, los acompañe. Que Ella sea el modelo de todos ustedes.

"Reciban mi cariñosa bendición.

fdo. RAUL CARDENAL SILVA HENRIQUEZ."

Esta carta a la juventud es un mensaje del Pastor a todos los cristianos de la Iglesia de Santiago, quienes deben renovarse y hacerse como los jóvenes en su entusiasmo para proclamar la palabra de Dios y la esperanza de días mejores.

Santiago, 18 de agosto de 1982,
en el Trigésimo Aniversario de la muerte
del Padre Alberto Hurtado.

U. C. S. H
Sistema Biblioteca



00020700